

Concurso de relato corto
“HABLANDO EN COBRE IV”

El contenido de la presente obra no está basado en hechos, datos o personas necesariamente reales. La Fundación Atlantic Copper no es responsable de la coincidencia, exactitud o existencia de los mismos, ni se identifica con los comentarios u opiniones vertidas por los autores.

Este libro de relatos se publica en febrero de 2017.

Edita:

Fundación Atlantic Copper

Domicilio social:

Avd. Francisco Montenegro, s/n.

21001- Huelva (España)

CIF nº G-21457239

Autores de los relatos:

Primer Premio:

Paola Ceballos García

Finalistas:

Rakel Arana Álvarez.

Jon Albisu Tristan.

Adolfo Casasús Tomás.

Luis Gabriel David García.

Sol García de Herreros.

Cristina García Morales.

Fernando Martínez López.

Concepción Miralles.

Mario Alberto Pavone.

Juana María Ruiz Aránega.

Juanma Velasco.

Relatos seleccionados por el jurado de la cuarta edición de Hablando en Cobre, formado por:

Carmen Santín, Vicerrectora de Estudiantes, Empleo y Extensión Universitaria de la Universidad de Huelva; Purificación González, Directora de Comunicación de la Federación Onubense de Empresarios y de la Cámara de Comercio de Huelva; Jesús Velasco, Jefe de Comunicación y Relaciones Institucionales de Industrial CEPISA; Luis Pérez-Bustamante, Director de Huelva Información y Jesús Contreras, Presidente de la Fundación Atlantic Copper.

Ilustraciones:

Manuel Madrigal Quiles y Guillermo Madrigal Arenillas.

Maquetación e impresión:

Impresur.

ISBN: Depósito Legal: SE-7818-2010



IV Edición de Hablando en Cobre

Tengo el honor de dirigir la Fundación Atlantic Copper desde hace 6 años. La he visto crecer desde la nada hasta consolidarse como la firme entidad que es hoy. En este periodo ha habido muchos momentos significativos, pero entre ellos recuerdo especialmente, hace ya 7 años, cuando la Fundación decidió poner en marcha este concurso literario con el objetivo de despertar la curiosidad e incrementar el conocimiento de la sociedad sobre el principal producto que elabora nuestra empresa fundadora, el cobre, un elemento esencial en nuestra vida.

Es difícil entender hoy la vida sin cobre. Tiene la misma o incluso más importancia que hace más de 10.000 años cuando el hombre empezó a utilizarlo en su provecho. La historia común de este metal, la Humanidad y la Vida han sido el eje central que han utilizado los participantes en este concurso, Hablando en Cobre, para escribir sus creativos relatos con el cobre como protagonista o actor secundario, lo que a priori no parece nada fácil.

Edición tras edición, se han superado nuestras expectativas tanto en la calidad como en la cantidad de las obras recibidas. Si nos quedamos solo con la cifra, desde luego es muy superior a lo esperado, 852 relatos en las cuatro convocatorias; si hablamos del fondo, como presidente del Jurado puedo asegurar que sus miembros y yo lo tenemos siempre muy difícil dada la talla literaria, la originalidad y el enfoque de la mayoría de los textos.

La experiencia vivida con este concurso en sus cuatro ediciones ha sido muy intensa, al igual que otras tantas que podemos experimentar los que formamos parte de esta entidad con cada una de las actuaciones que ponemos en marcha. Unas con mayor dimensión que otras, pero para nosotros todas son igual de importantes y son las que dotan de identidad a nuestra Fundación.

Pero Hablando en Cobre no ha sido la única actividad que la Fundación Atlantic Copper ha puesto en marcha en sus ocho años de trayectoria para avanzar en la familiarización de la sociedad con el cobre, tan vinculado al pasado, presente y futuro de Huelva, sino que está también su “hermano”, el Concurso enCuadre, un certamen de fotografía temática que creamos en 2011, que se convoca también bienalmente y cuyo nombre conjuga una de las reglas básicas de la composición fotográfica con el símbolo químico del cobre, Cu. Otro que nos sorprende en cada edición con su gran volumen de participación.

Parece que fue ayer cuando nuestra Fundación comenzó su andadura, marcada por un claro compromiso: estrechar lazos cada vez más fuertes con la sociedad onubense, mediante el impulso de iniciativas de carácter educativo, social, cultural, asistencial, deportivo, medioambiental o relacionadas con la conservación del patrimonio de Huelva. Hoy podemos estar orgullosos del camino recorrido, pues el balance de acciones emprendidas, bien en colaboración con otras entidades o mediante programas propios, es sumamente positivo.

Así, desde la Fundación Atlantic Copper ponemos mucha dedicación y esfuerzo para estrechar lazos con nuestro entorno. Pero ahora es tiempo de mirar hacia adelante y distinguir, en el horizonte, todo lo que aún nos queda por hacer.

Aprovecho estas líneas para felicitar, en nombre de todos los que formamos parte de la Fundación, a los participantes por sus increíbles trabajos, especialmente a la ganadora y a los finalistas. Todos nos han mostrado que la idea de crear historias de ficción en las que el cobre juega el papel de pretexto, invitado, testigo o protagonista es posible y el resultado lo tiene el lector en sus manos; este volumen con 12 historias diferentes.

Espero que esta publicación que ponemos a su disposición, le aporte buenos momentos de lectura y que le guste tanto como lo ha sido para quienes tanta dedicación y cariño hemos puesto en su edición. ¡Qué lo disfrute!

Jesús Contreras

Presidente de la Fundación Atlantic Copper

Huelva, febrero de 2017

PRIMER PREMIO

LLAKSA

Paola Ceballos García

Aplausos. El avión ha aterrizado después de trece horas de las doce previstas. Perú. Los nervios recorren mi estómago, viajando desde el intestino hacia el esófago. Sólo una dirección mal anotada en un trozo de folio blanco, ahora marfil, con manchas sospechosas de algún alimento sellado por mis dedos. Bajo del avión y aunque quiero deleitarme con todo detalle, en mi mente sólo emerge el gris aperlado de los ojos de mi abuela que cubre su visión, ahora borrosa, resultado de la aglutinación de proteínas en forma de áreas opacas en el cristalino. Inevitable vejez.

Revuelvo en mi bolso buscando el pasaporte. Mi mano se ha topado con varios objetos, que nada tienen que ver con mi documentación y que, por algún extraño motivo, parece haber desaparecido de entre mis cosas. Tengo que andar, lo sé, estoy obstaculizando el paso, pero no puedo, necesito encontrar el pasaporte. El teléfono vibra. Sólo puede ser el maldito whatsapp, tan oportuno como siempre. *"No entiendo lo que estás haciendo. Pensé que no te irías. Llámame en cuanto puedas"*. No pienso contestar, no voy a ceder a chantajes emocionales. Esto, ya de por sí, no es fácil.

Estoy en la aduana, necesito entregar el dichoso pasaporte y sigo sin encontrarlo. Un par de guardias se acercan hasta mí y, aunque intento explicarme, no parece importarles y me desplazan hacia una esquina para revisar mi equipaje, sacando una por una mis pertenencias, pisando mi intimidad cada vez que tocan mi ropa interior. Encuentran un salchichón que pretendía devorar al pisar tierra firme, y que quedará como un efímero recuerdo de su olor en mi ropa. Lo requisan, y sospecho que esa sonrisa dibujada en el guardia es el resultado del almuerzo que avizora en su mente. Abochornada por las miradas inquisidoras del resto de pasajeros, meto la mano en el bolsillo trasero del pantalón y encuentro el maldito pasaporte. Lo enseño y, por fin, salgo del aeropuerto, dispuesta a nada. No sé lo que viene a continuación.

Lima, Perú. Un cielo gris que cubre su totalidad en pleno julio. Veinte grados y humedad pegajosa en el ambiente que riza mis cabellos. Gente

por todas partes y ruido ensordecedor de coches. Hombres gritando por la ventanilla “¡taxi!”. Caos y muchas sonrisas, lágrimas y personas abrazando a otras que vuelven del otro lado del océano. Y yo. Un punto en mitad de toda esa gente. Un punto en el universo sin dirección. Sólo un nombre de un supuesto pueblo: Huacho. Y otra vez el dichoso whatsapp. “*Me he levantado y todo huele a ti, hasta el felpudo*”. No me imagino a Pedro agachándose para oler la alfombrilla. ¿Debo creerle y pensar que se ha arrodillado para olerlo, para olerme? Todo está bien. O eso me repito una y otra vez, mientras la música de los coches se cuele por las ventanas; bachatas, salsas y merengues que colorean el gris de la ciudad, una ciudad que huele a gasolina, a especias, a cuero, a pisco y a cemento mojado.

Un taxi, a toda velocidad y con una conducción temeraria, me lleva a la estación de Plaza Norte, donde cojo –por mi bien debo usar la palabra “tomo”- un autobús con destino a Huacho. Esa es la ruta. Pasamos por *Pasamayo*, carretera repleta de curvas que roban el color del rostro al viajero. Bellos paisajes desérticos, casas de adobe en las colinas, niños en busca de agua, contraste de la riqueza con la extrema pobreza como dos caras de una misma moneda. Y más gris sobre tierra y tierra..., y más gris en el mar. Ese mar que recuerdo azul en las playas del sur de España y que ahora se antojan plateadas. Ciento ochenta kilómetros y casi tres horas de viaje, inaudito.

Hemos llegado. La calle “*28 de Julio*” y dos soles más para el taxista, un hombre desconfiado de ceño fruncido, que me escruta con la mirada. Y la negra Ramona, primera pieza del puzle de mi viaje, una señora conocida como buena cocinera de chifa -comida fusión peruana y china más popular del Perú-. Puro sabor a mestizaje. Llamo a la puerta con prudencia y sigilo y observo cinco muchachos que beben cerveza bajo una carpa de tela en plena calle. La parte trasera de un coche expele música, impregnando el ambiente de eso exótico que hay allí y que falta aquí, lo salvaje, lo que aún está sin pulir, sin asfaltar, lo que todavía se conserva, camino entre lo virgen y lo construido, olor a pureza manchada

con poca industrialización, la suficiente para que el gris ensucie al verde. Y allí está ella, corpulenta, con poca ropa y ajustada, dejando ver los pliegues de su abdomen al borde del filo de su camiseta, una camiseta muy estrecha, tanto que parece exprimirle la cintura. Pregunto por la "señora Ramona", sin poder apartar mi mirada de sus ojos negros, redondos y abiertos. – *Uy, "la señora". No mamita, soy la negra Ramona, de señora solo tengo los bajos*– contesta con una sonora carcajada–. *Aquí está la negra para lo que necesite.*

–*Soy Daniela* – me presento y le explico que estoy buscando el paradero de la india Jacinta. Me pregunta de parte de quién vengo. No sé si desconfía, es difícil leer la expresión de un rostro, en el que sería, perduran las marcas de la risa. Los gestos van configurando las caras de nuestra vejez. Le digo el nombre de mi abuela; Gloria Odriozola, de ochenta y nueve años, residente en Madrid. Traigo una carta de ella para Jacinta y en mis manos sólo tengo la dirección de la señora que tengo enfrente. La confianza parece abrirse paso entre ambas y la señora- aunque ella se niega al título- me invita a comer arroz chaufa. Un despliegue de atenciones para una forastera; mesa puesta, flores en un jarrón que decoran el centro de la mesa, chicha morada recién hecha -un líquido de apariencia extraña y sabor exquisito-, y música a todo volumen. –*Mi padre era el negro Ramón y mi madre era mitad china, mitad peruana y de esa mezcla tan exótica nació esta flor hermosa* –explica moviendo los pechos de un lado a otro, rebotando encima de la mesa, muy cerca del plato–. *Jacinta es mi prima, hija de la hermana de mi madre y un cholo morochito, no negro como cocodrilo. Su abuelita por parte de papá era "chamana", resucitaba muertos y devolvía el movimiento a quien lo perdía. La quemaron viva por sus conocimientos. Eso dicen, pero nadie sabe nada de la verdad.*

Supe. Otro pueblo. La negra Ramona me ha traído hasta su primo, quizás él sepa algo de la india Jacinta. Hemos venido en una especie de furgoneta que ha montado a más de seis personas por el camino, todos apelotonados. Creo que me han cobrado más que a otros pasajeros, pero

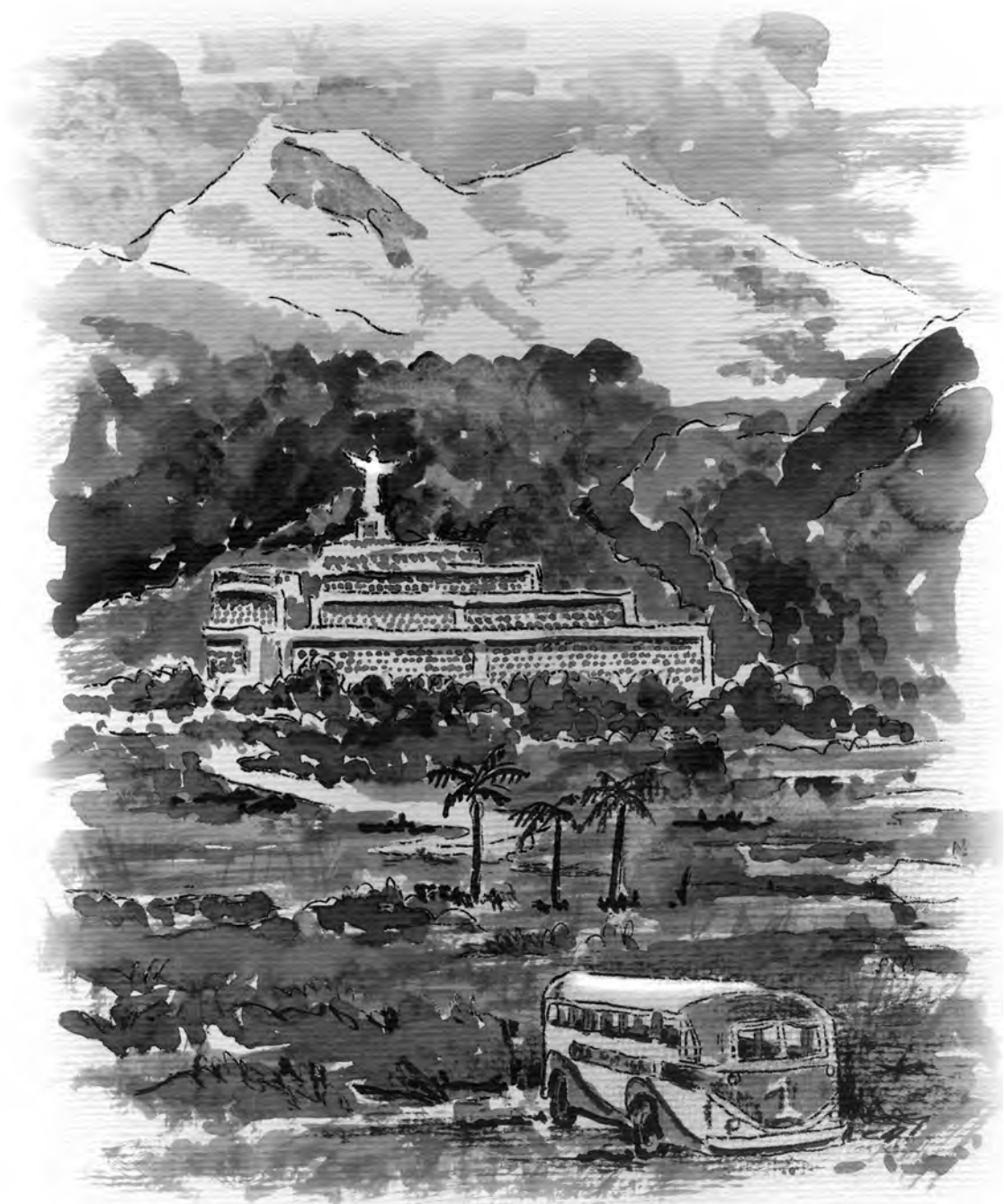
yo sólo quiero llegar, necesito llegar hasta Jacinta. Dispongo de diez días. El tiempo cuenta y pasa.

Más calles empedradas, sin asfalto alguno, cuatro casas allí, cuatro casas allá, personas sentadas en las puertas y fruta apiñada en cajas. Un señor de expresión triste, pareciera que lleve todo el día ahí, sentado, y al lado, justo al lado, las carcajadas de dos señoras. La alegría de sus risas se entremezcla con la nostalgia de sus miradas y la tristeza del que ha sido vestido con ropas que no son suyas. Eso que ocurre cuando una tierra es avasallada de sus costumbres y se imponen otras que son asumidas como propias, un contenedor de modernidad encorsetada que contiene un alma henchida de sabiduría.

Un hombre muy mayor sale a la puerta con una cerveza –chela para él– en la mano. –*Mi negra!*– grita con el hilo de voz que le queda. Un grito interpretado por su efusividad más que por su volumen. La negra Ramona lo abraza muy fuerte y parece que lo va a romper en pedacitos. La fragilidad del anciano contrasta con la robustez de su prima. –*Papasito, venimos para pedirte la dirección de la prima Jacinta!*– le grita al oído. El señor encoge los ojos y sonrío, dejando ver una boca con tres o cuatro dientes, dice algo y hace un gesto para que entremos. Una mesa redonda de camilla y flores de plástico decorando las paredes. También fotografías. Nos hace sentar y con un silbido, trae un niño hasta la puerta, que tras varios gestos del anciano, corre calle abajo. La regordeta peruana me traduce todo lo que el hombre dice con enorme dificultad, no sé bien si debido a los años o a su embriaguez. El señor se levanta y vuelve con una llave en sus manos. Me la entrega como el que está entregando un tesoro secreto y la negra Ramona me dice que es de bronce. Añade, traduciendo al anciano, que es una aleación del ochenta y ocho por ciento de cobre y un doce por ciento de estaño, insistiendo en que no es latón, no lleva cinc. No entiendo para qué quiero la llave y le pregunto, pero no obtengo una respuesta clara, no la respuesta que quiero. Insiste en que la lleve conmigo y viaje hasta Yungay, un pueblo del conocido calle-

jón de Huaylas. Quiere que busque el nombre de *Antawaylla Cahua* en una de las tumbas del cementerio del pueblo y lo honre con una flor, para después buscar en Huaraz una dirección que anota en un trozo de papel. Y cuando voy a preguntar, el niño irrumpe en el salón de la casa, cargado de alfajores y varias botellas de vino. Aguanto mis pies en la habitación. No puedo ser descortés, pero quiero correr a la dirección anotada. El pequeño extiende la mano para recibir su propina y me mira con unos ojos que ríen al rasgarse. Y me enciende el alma. Cómo si alguna parte de mi cuerpo estuviera conectada a todo aquello. Un sabor intenso a dulce de leche que se intensifica con la uva del vino tinto y, de repente, me siento más de allí, más tranquila. Hay tiempo. Aún hay tiempo.

Muchas horas en autobús, el viaje ha sido eterno. Noticias de unos "pirañas" que atracan a los autobuses. Peligro y bondad derrochadas a partes iguales. No me siento segura del todo y lejos de lo previsible, la incertidumbre me excita, el riesgo da vida a cuanto alcanza y la alerta y la atención cobran protagonismo. Estoy más presente que nunca. Esto es el presente. La ausencia de la cautela. Vivir. Toco la llave y el bronce se pega a mis dedos, esa llave que abre algo que aún desconozco y devuelvo a aquellas tierras la sonrisa que en su día otros le arrancaron. Tres mil metros de altura y el soroche se convierte en un impertinente inquilino en mi cabeza. Bendita infusión de coca que lo calma. Pulmones henchidos por una cantidad de oxígeno al que ni tú ni yo estamos acostumbrados. Yungay. Pueblo enterrado por el alud fruto del terremoto de 1970, un pueblo que emerge inmutablemente a través de los años, perdurando en el tiempo detenido para él, como si nunca fuera hoy un pueblo del ayer. La parte delantera de un autobús asoma por encima de la tierra, cuatro palmeras y un cementerio circular de varios pisos, coronado con un cristo de brazos abiertos, que parece abrazar al pico norte del nevado Huascarán, ese que sepultó en su día a la ciudad. Camino por el cementerio, la nostalgia está grabada en cada una de sus lápidas. "*Corre, hijita, suelta mi manita y sálvate tú*", reza en la tumba de *Antawaylla* -nombre quechua que significa "prado de cobre, hierba cobriza" y de apellido Cahua, también quechua, pero castellanizado y sé que este hombre es una pieza clave



en todo este engranaje. Me arrodillo y coloco una flor junto a su lápida, y mascullo algunas palabras, intentando decir algo. No lo consigo. Una lágrima cae. Lo he honrado. Este pueblo se graba dentro de mí, o quizás ya estaba grabado. Un dolor me encoge el alma. Estoy rodeada de turistas ávidos de curiosidad, que fotografían al pueblo enterrado, sin ningún respeto por los yacidos. Y de nuevo un whatsapp. *"Te sigo esperando, hoy, mañana y todo el tiempo que necesites"*. Miro al cielo que a todos nos ampara, pero ampara diferente. Todo esto me ha hecho pensar demasiado, sentir demasiado. *"Te quiero"*, respondo, y creo que es suficiente. Ya todo es suficiente.

Huaraz. Siguiendo destino. Otra infusión de coca, me va a estallar la cabeza. Y la dirección; una casita en lo alto del pueblo. Pobre, muy pobre y rica, muy rica. Golpeo con los nudillos dos veces la puerta, que se entreabre lentamente y la madera rechina contra el suelo. Una señora de sesenta y nueve años, con dos trenzas hasta la cintura, negras como el azabache, ojos rasgados, tez oscura y arrugas en la frente, me observa quietamente, serena. Sonríe nerviosa y le muestro la llave de bronce. No se inmuta, la recoge como el que la espera y se adentra en la casa. *"Entra"* –me dice con voz suave, firmeza y determinación. Camino despacio. No sé quién es esta mujer.

Una habitación repleta de llaves de bronce, cuencos y figuritas aztecas. La señora cuelga mi llave junto a las otras. *–Faltabas tú. El sol indicaba que estabas cerca, muchacha* – habla castellano, pero raro, como el que lo acaba de aprender. Una entonación suave que me acuna. *Te esperaba. Aquí todos me conocen como la india Jacinta. Mi nombre real es Llaksa, en quechua significa "la que tiene el color del cobre". Mi abuela, chamana como yo, llamó a mi padre Antawaylla para que tuviera descendencia cobriza, del mismo poder que ella, y así fue, niña, yo lo heredé. Mi papá murió para salvarme a mí.*

Una historia interesante, pero aun no entiendo por qué necesito darle una carta a esta mujer. *–Traes algo para mí* –me dice extendiendo la

mano–, lo llevo viendo dos años, el tiempo que ha tardado en fraguarse en su cabeza hasta hacerlo llegar acá –dice y abre las manos, cerrando los ojos y, aunque vacilo un par de segundos, - ¡cómo puede saberlo! - saco de la mochila la carta que traigo para ella. –Aún no es el momento –me dice–. *Esta noche estas palabras verán la luz del fuego. Es tu deber estar de cuerpo presente, “mi hija”.*

No sé cómo he accedido, pero estamos en un ritual a la pachamama en pleno ocaso de sol. Mujeres, hombres y niños danzan en agradecimiento a la madre tierra. Cintas de colores en muñecas, tobillos y cuellos. Jacinta me lleva de su mano. Todos hablan en quechua. Una figurita de cobre en mi pecho que me protege, según Jacinta. Hoy es mi gran día, me ha dicho. Ofrendas alrededor de un manto multicolor. Observo callada. El sol da paso a la luna con el fuego como anfitrión. Laurel, palo santo, romero, olivo, eucalipto y tabaco. Contemplo tímida a los participantes. Cantos, oraciones y rezos, y unos ojos. Unos ojos que me miran fijamente. Aparto la mirada y vuelvo a mirarlo. *Kusiwaman*, indígena de mirada profunda que franquea mi pecho. Peticiones en papelitos multicolores se deslizan en la hoguera. Tapamos el hoyo con piedras y pétalos de flores. Hemos terminado y, de repente, sus manos en mis manos. Calor conocido desde sus yemas hasta mis entrañas. Esto es familiar, como si siempre lo hubiera hecho, como si nunca lo hubiera dejado de hacer. Noto su aliento cerca, y sus ojos en mis ojos. Y pienso en Pedro. Me está esperando, pero quiero besar a este hombre que no conozco de nada. Aturdida, continúo mirándolo, muy cerca, y aunque nuestras bocas desean estrellarse, sobreviven al encuentro, interrumpido por la india Jacinta que pide permiso para retirarme. –*Llegó el momento, niña*– me dice y abre la carta, leyendo–. *“Querida Llaksa, a estas alturas no esperarás esta carta. Me duele en el alma no dártela en persona, pero mis años no me permiten viajar hasta tan lejos, y mi cobardía lo ha impedido cuando los años me lo han permitido. El amargor que tengo en la boca no puede sino ser síntoma del que emana de mi alma por tenerte tan lejos. Soy Gloria Odriozola. En 1946, con apenas veinte años, viajé al Perú*

para encontrarme con el hombre con el que contraje matrimonio por poderes. La embarcación tardó más de lo previsto y Cristóbal tuvo que salir a la selva, dejándome a cargo hasta su vuelta de Kiara, una nativa muy buena que estimaba a tu padre, Antawaylla, un señor maravilloso. Todo el mundo lo quería en Yungay. Hombre de palabra, fiel y trabajador, del color del cobre, andino con garra y pasión en las venas. Aquel día, la señora Kiara me acompañó a una ceremonia clandestina. Allí, unos ojos se clavaron en los míos, como la llave que encuentra la puerta. Nunca había asistido a una fiesta pagana, tampoco había visto de cerca un indígena. Al terminar la ceremonia, tocó mis manos. Eran las primeras manos que arribaban en mi cuerpo, ni siquiera había intimado con mi marido, pero nuestras manos se tocaron, y se tocaron durante quince días más, y sus ojos rasgados quedaron grabados muy dentro, pero estaba casada con el beneplácito de Dios Padre y tuve que volver junto a mi marido. Era mi obligación. Parí una hija bella como la escarcha, y cobriza como el bronce. Y Cristóbal supo de inmediato que esa hija no era suya por el color de su carita. Lloré, Llaksa. Repudio y cárcel podían ser las consecuencias de mi delito, pero el perdón vino seguido de una condición; volver a España sin ti. Te entregué a tu padre, y esa fue nuestra última vez. Nuestros cuerpos bailaron de nuevo, piel con piel, lo blanco con lo negro fundido en un crisol de matices y tú allí, ni blanca ni negra, cobre, cobre y bonita, como la paja cuando el sol del atardecer la colorea, así, brillante. Nunca más lo vi, pero supe por Kiara que siempre albergó la esperanza de mi valentía, una valentía que nunca pidió la vez, dejando el turno a la más cobarde de las cobardes. Se casó con ella, con Kiara. Dice que te crió. Ella me dio la dirección de una tal Ramona por si me atrevía a buscarte. No me atreví y lloré. ¿Cómo decir a cinco hijos que tienes un secreto tan profundo? Hoy los remordimientos me pueden. Apenas veo con los ojos y, sin embargo, lo más duro no se puede borrar de mi retina. Sólo quisiera tenerte en mis brazos, poder decirte que te quiero y que me arrepiento de tenerte tan lejos, hija mía. Porque tú, Jacinta, si no te ha quedado claro, eres carne de mi carne. No hay día en que no me acuerde de tu padre, él fue el gran amor de mi vida. Te quiero, hija mía, perdóname tú porque yo no puedo. Tu madre. Gloria”.

Un nudo en mi alma. ¡Mi abuela! Mi abuela con un nativo, mi abuela y una aventura, mi abuela madre de la india Jacinta, de la mujer, que arrodillada, llora

con una sonrisa en los labios, susurrando un “gracias”, mientras besa la tierra. Estoy aturdida. Jacinta toma mis manos y me da las gracias, besando mi frente. *–Hoy todos somos felices. Allí en las estrellas ríen porque tú eres la mensajera de la paz y vienes para acabar todo lo que nuestros espíritus han dejado inacabado. Busca a Kusiwaman y abre tu corazón a la tierra que te llama. Estás bendecida, Daniela. Ya abriste con la llave el perdón para todos. Que mi madre cumpla en ti, el deseo de tu alma.*

RELATOS FINALISTAS

LA REINA DEL AJEDREZ ES LA ÚNICA MUJER
Rakel Arana Álvarez

Brígida y yo íbamos todas las tardes a pasear por la vereda del río, era precioso y me imagino que sigue siéndolo, lleno de árboles, arbustos y el correr del río nos envolvía en una magia, que nos hacía inventarnos nuestros futuros, cada día era de una forma distinta.

Ella es parienta mía, creo que "resobrina" de mi *amoña* y se llama como ella. Yo no conocí a mi *amoña*, mi *aita* decía que era guapísima, de una belleza que cautivaba.

Somos de la misma edad y aunque teníamos formas de vida distintas, nuestra relación siempre era especial. Acudíamos todos los años al pueblo, donde habíamos nacido ambas, un mes todos los veranos.

Nos contábamos todo lo que hacíamos el resto del año en nuestras respectivas ciudades con nuestras familias.

Cuando tuvimos los veinte años, el último verano que nos vimos, lo recuerdo como si fuera hoy. Estábamos las dos estudiando, Brígida, Historia del Arte y yo Enfermería. Sus aitas querían mandarla un curso completo a Italia, ella decía que quería que fuera el último curso. Y nos reíamos porque ella me decía que se iba a casar con un italiano y yo le comentaba que a mi me gustaría con alguien que viviera junto al mar.

Después de cuarenta y dos años nos vamos a volver a ver el próximo verano. Estoy disfrutando muchísimo, solo pensando todo lo que le tengo que contar, casi...toda mi vida y ella a mí también.

Por diversas circunstancias familiares no nos vimos los siguientes años, ella vivía en Madrid y yo en Berna. Al acabar la carrera me puse a trabajar en un hospital y ella se fue a Italia. Yo me fui después a un hospital de Suiza, a los dos años de estar allí, conocí a Pepe y después de otros dos años de noviazgo me casé con él. Era químico, estaba en una empresa de investigación farmacéutica. Nos gustaba Suiza y yo estaba contenta en el hospital. Siempre que podíamos viajábamos, haciendo tu-

rismo de interior, para conocer todo el país. Hay poblaciones que parecen pintadas, íbamos mucho a Lausana que está al lado de un lago, de los muchos que hay, las casas con sus tejados inclinados y los balcones llenos de macetas pintadas todas iguales y muy cuidadas.

Tuvimos un hijo Fran, que es periodista del periódico Le Monde. Está casado con una empresaria de ropa infantil que se llama Anne y viven en París, tienen dos niñas, una se llama Anne y la otra Brigitte (Brígida), no sé como lo conseguí.

Nos hemos jubilado y nos dedicamos a viajar. Nos entusiasma a los dos. Seguimos viviendo en Berna. Aunque a veces pasamos más tiempo en algún lugar que nos ha gustado, porque nunca cogemos billete de vuelta, hasta que decidimos regresar.

Al fin nos vimos, Brígida tenía la misma sonrisa, seguía igual de delgada y sus ojos seguían desprendiendo la misma alegría y bondad. Ella me decía tú también estás igual... “mentirosilla” porque estoy más rellenita y llevo gafas por presbicia...

Nos fuimos tres días las dos solas a un hotel en una playa del sur de España. Necesitábamos estar solas, era tan importante para ambas estar juntas y contarnos nuestras vidas, aunque nuestras vidas tomaran rumbos distintos, nos queríamos, nos queríamos mucho...

No éramos capaces de contar bien nuestras vidas, hablábamos quitándonos la palabra,... íbamos de una conversación a otra dando saltos y no conseguíamos organizarnos, entre risas y lágrimas de emoción no éramos capaces de llevar un orden en nuestras primeras conversaciones.

Así que la primera tarde/noche decidimos irnos a una terraza de un chiringuito de la playa y pedirnos una mariscada y pescado frito. Nos dijo el camarero que las gambas y las coquinas eran los mariscos típicos y entre los pescaítos fritos, los salmonetes, boquerones, pijotas y chocos

fritos (se parece al calamar, pero con sabor más intenso a mar). Acertamos porque nos encantó todo. Lo regamos con un vino blanco ligeramente afrutado y exquisito.

Y agotadas de tantas emociones nos volvimos paseando hacia el hotel, meciéndonos suavemente la brisa del mar. El cielo estaba tan estrellado, que no cabía una estrellita más, la luna las vigilaba para que no se movieran, orgullosa de tenerlas a su alrededor, con tantos puntitos brillantes. Llegamos y nos acostamos cayendo ambas en un profundo sueño.

Yo soñé que éramos pequeñas e íbamos las dos correteando por el prado lleno de amapolas y margaritas, hasta que llegábamos al río, bueno, riachuelo. Aminorábamos la marcha, así podíamos oír el canto de las ranas y ver a los renacuajos corretear por el agua, tan pequeñitos que parecía imposible que se convirtieran en ranas. Tirábamos piedritas al agua y corrían más aún los renacuajos. Era todo un remanso de paz y belleza.

De regreso a casa cogíamos margaritas y ramitas verdes para poner un jarrón con las flores. No cogíamos amapolas porque se ponían mustias antes de llegar a casa, son muy bonitas en el campo, pero son tan delicadas que no sirven para adornar las casas, creo que son egoístas, porque no quieren moverse de donde están.

Y cuando estábamos llegando a casa me desperté con una sonrisa. Brígida se había levantado y estaba sentada en el balconcito de la habitación viendo y escuchando el mar.

Nos duchamos y bajamos a desayunar. Olía a café recién hecho. Tomamos una pieza de fruta cada una y una taza humeante de café con leche con una tostada con aceite y tomate para Brígida y la mía con mantequilla y mermelada.

Nos fuimos a dar un paseo y Brígida me dijo que quería contarme todo, le dije -¡qué famosa eres!- siempre que puedo te sigo con tus expo-

siciones, en Nueva York, Berlín, París, Tokio, y...un largo recorrido por el mundo. Ahora te puedo seguir por Internet, antes era más difícil pillarte, a través de la prensa y alguna vez en la televisión. Bueno eso que vives en Madrid es un decir, más bien es tu centro de operaciones.

Ella me contó –Conocí al italiano que tanto deseaba cuando íbamos juntas. ¿Te acuerdas? Me enamoré perdidamente de él, estaba en una nube a su lado, vivimos los cinco años más bonitos de nuestras vidas. Él era historiador y su pasión era escribir sobre las distintas culturas que hay por el mundo. Era profesor de la universidad de la Sapienza. Y yo pintaba y exponía en una galería de arte de Roma. La verdad si no fuera por estar con él y él conmigo, ya habíamos volado ambos por el mundo cada uno con nuestras pasiones. No queríamos tener hijos.

Hasta que un día le ofrecieron hacer reportajes y profundizar en las distintas civilizaciones y cuando me lo contó, no dudé en decirle que lo hiciera. Pietro, que es como se llama, me dijo que eso significaba estar separados, a veces un año o más.

Me costó mucho separarme de Pietro, tenía claro que era el amor de mi vida. Pero también sabía que terminaríamos echándonos en cara en más de una ocasión, el no haber desarrollado ambas nuestras pasiones de nuestro mundo profesional. Le dije que se fuera y que yo también intentaría abrirme a otras ciudades para exponer por el mundo.

Llegó el día de irse, durante la última semana creo que lloramos, reímos, nos abrazábamos como si en ello se nos fuera la vida, tantas veces que estábamos extenuados de tanto sufrir. Hubo muchos momentos que pensábamos que había que volver a la vida monótona que llevábamos.

Le pedí a Pietro que se fuera sin decirme adiós, me fui a trabajar a mi taller y él se iba esa mañana, le compré un cuaderno de viaje para que me anotara las sensaciones y sentimientos que le producían cada tierra que pisara.

Cuando regresé me encontré encima de la mesa, una pieza de ajedrez, era la reina y una nota que decía, "es la única mujer del tablero, es fuerte y defiende a su familia hasta conseguir la victoria o dar su vida en su defensa. Es fuerte, muy fuerte, tanto como tú y te la han hecho de cobre, por ser un metal muy antiguo, fue uno de los metales utilizados en la Prehistoria, de hecho se estudia la Edad del Cobre. Además siempre que la mires te acordarás de mi, el historiador que te lleva en su corazón y el día que estés melancólica mírala, te dará fuerza, esa fuerza que ya tu posees y que te iguala a ella. No sé cuanto tardaré en verte, es verdad que hemos decidido no vernos para dejar libre nuestros corazones, intentaré que sea así, aunque ahora solo de pensarlo me hace daño. Te llevaré siempre conmigo".

Bueno ya de mí sabes por la prensa, me ha ido muy bien, he expuesto en las mejores galerías del mundo, me he realizado totalmente como pintora y estoy económicamente muy holgada. He conocido varios hombres, pero he ido abandonándolos, porque ninguno me ha llenado como Pietro, sigo después de tantos años enamorada de él. No sé si hicimos bien, pero no puedo volver atrás.

Sé que a él también le ha ido muy bien, ha publicado en las mejores revistas científicas, históricas y sociales a nivel mundial y ha tenido varios premios de renombre.

Cada dos años aproximadamente, he ido recibiendo una figura de las dieciséis que forman del mismo color, un alfil, otro alfil, un caballo, una torre... así hasta tener quince, todas acompañadas de una nota, "para que te hagan compañía y te ayuden a defenderte en tu caminar por el mundo". Me falta el rey.

Nos dimos un baño y tomamos un rato el sol, comimos en un chiringuito una ensalada variada, una ración de sardinas, ¡qué ricas!, se me había olvidado lo que era comer sardinas después de un baño en el mar. Tomamos fruta, bebimos tinto de verano y regresamos al hotel a descansar un rato.



La verdad, recapitulando mi vida, aunque había sido menos intensa y ajetreada que la de Brígida, era feliz y estaba contenta con mi vida al lado de un hombre bueno, nos queríamos y aunque se parecía más a la vida de una familia tradicional, me había realizado profesionalmente, me había dado muchas satisfacciones y a Pepe su trabajo también. Teníamos un grupo de amigos que nos llevábamos muy bien y qué decir de nuestro hijo, era el hijo que todo el mundo hubiera querido tener. Nos gustaba Suiza y no queríamos cambiar de residencia. Llevábamos muchos años y estábamos totalmente acoplados a la vida de allí.

Animé a Brígida a que viniera a vernos, ya que había decidido retirarse y así se hacía a la idea del cuadro que me había prometido pintar y que nunca había llegado.

Fueron tres días muy intensos, aunque habíamos madurado siguiendo distintos rumbos, parecía que no llevábamos tanto tiempo separadas. Nos dió tiempo a recordar nuestra infancia y juventud. Nos emocionamos recordando a nuestros aitas que ya no están y que tanto quisimos.

Nos prometimos que teníamos que vernos una vez al año y el siguiente lugar de encuentro iba a ser el pueblo familiar, pasear por las praderas, coger flores, seguir la vereda del riachuelo y volver a nuestra infancia. Nos reímos.

Viajamos en tren hasta Madrid, donde ella seguía teniendo su cuartel general, aunque fuera una ciudadana del mundo. Y nos despedimos con un gran abrazo en Atocha, ya que me iba a Barajas a coger el avión para Berna.

Pasaron seis meses cuando recibí una carta de Brígida. Me contaba que tenía muchas cosas que decirme, que como el día que nos vimos no sabía como comenzar para no volverme loca. Había aparecido de impro-

viso Pietro en Madrid, traía el rey del color, la pieza dieciséis del ajedrez de cobre. Le parecía tan importante que no podía mandársela. Llevaba varios días en Madrid y se informó si tenía pareja, si vivía sola, qué vida llevaba, solo sabía por la prensa de mis exposiciones. Decía que parecía que era su año, el reencuentro conmigo y el regreso de Pietro.

Él se había jubilado de sus viajes, escribía desde su casa novelas de aventuras basadas en sus viajes. Vivía en Roma, pero quería irse a un pueblecito costero, como Amalfi, cerca de Nápoles, una belleza sin igual y en la que puedes tomar mucho limoncello.

Él le dijo- quiero ser tu Rey, el que ha dejado a la Reina durante tantos años y deseo que descanses y sea yo el que te defienda, ya va siendo hora. Nunca he dejado de quererte y muchas veces hubiera ido a pedirte que me acompañaras, pero me parecía egoísta por mi parte, el no dejar que fluyera todo tu arte y dejaras para la eternidad plasmada tu creatividad. Me gustaría compartir contigo esta nueva etapa de nuestras vidas desde el reposo y la tranquilidad. Tardé unos días en contestarle. Ya te imaginas lo que le dije, porque como sabes, no he dejado de quererle nunca. Aunque todo el tiempo me venía a la mente tu vida entera, en pareja, en el trabajo, con las personas que necesitaban ayuda. Lo que habíais dado a tantas personas, solidaridad, consuelo, ánimo, paz, en sus vidas, en sus espíritus, antes de irse hacia la otra vida, o a aceptar su pérdida de salud. Y lo decías de una forma tan natural que parecía que no hacíais nada. Yo en cambio no había hecho nada.

Se lo he contado a Pietro, tiene unas ganas tremendas de conoceros. Y dentro de unos días recibiréis un regalo de Pietro, que a mí me ha parecido una idea magnífica.

Llegó el regalo, era un Rey y una Reina de ajedrez, de color plata, tenían una aleación de plata y cobre. Ya que sabes que el cobre siempre ha estado presente en la vida de Pietro, por su abuelo. Con una nota de él, “me parece que os conozco de toda la vida, y después de todo lo que me ha dicho Brígida, creo que tengo que mandaros la otra parte del tablero, no para matarnos, sino para encontrarnos, y esa parte está formada por

dos personas fuertes, sensibles, con garra. El resto os llegarán dentro de cuatro meses, no me las pueden acabar antes”.

Así fue, a los cuatro meses llegaron el resto de figuras y dos cuadros, uno de unas niñas paseando por la vereda de un río. Éramos nosotras en nuestro pueblo de la infancia y el otro era las vistas que se veían desde la terraza del hotel donde nos reecontramos, era el mar, la playa y las casitas que asentaban majestuosas vigilando el mar, el amanecer, el atardecer, las gaviotas volando...

Y la nota que enviaban decía os esperamos en nuestro nido paradisíaco, dentro de un mes nos casamos, al modo tradicional, veniros antes con vuestras figuras de ajedrez y charlaremos con nuestra primera partida.

LA REINA DE BENIN

Jon Albisu Tristan

No era la mejor noche para deslizarse por las paredes. Llovía y hacía un viento cruzado que resultaba molesto. Pero él estaba decidido, vivía de esas cosas. Salió del bar y se encaminó al bloque de viviendas en el lujoso barrio de la capital. El número 15, piso primero derecha. Con un ágil movimiento superó la verja que rodeaba la finca. Corrió hacia el monolito de registros. Se incorporó a su parte superior. El corazón le latía muy fuerte. La escalera en su máxima extensión apenas llegaba al borde mismo de la barandilla del balcón. Dio un salto y llegó ante la puerta corredera. Hizo el corte junto a la manilla. Introdujo la mano y levantó el pestillo. Con un fuerte movimiento la puerta avanzó hasta su máxima apertura. Encendió la lámpara y se la colocó sobre el adhesivo de su cabeza. Miró hacia la biblioteca: Esculturas de civilizaciones pre-colombinas, cerámica de los mejores artesanos europeos, platos de plata mejicana. Y entonces la vio. La cabeza de mujer realizada en bronce. Se acercó. Era hermosa, los pómulos del rostro refulgían con la luz focalizada sobre ellos. Todo en aquella reina africana denotaba un estilo propio y elegante. No le extrañó el alto precio que le asignaba el mercado. Introdujo el bronce en el saco de cuero y se lo puso sobre la espalda. Rehízo sus pasos con destreza. Puso en marcha el vehículo. Trescientos mil euros le estaban esperando en el hotel Meridiano.

Tocó a la puerta de la habitación ciento quince.

–Hola, -dijo la galerista- supongo que todo ha salido según lo planeado.

–Gracias, yo estoy bien,– contestó Alberto. Y sonrió mientras miraba a Carmen Sorrento la propietaria de la galería Sorrento y Las Casas.

–Descansa, ¿quieres una bebida?– la mujer le ofreció una lata de cerveza. Alberto la abrió y dio un trago bien grande. Necesitaba esa sensación fresca en su garganta para poder cerrar el negocio.

–Aquí la tienes. No me sorprende que estés embrujada con ella. Es preciosa, -extrajo la pieza de su saco- Y ese color bronce le da un aspecto todavía más señorial, como una vieja escultura romana. Y ¿dices que es de Africa?

–Es de Benin, un pueblo asentado en la desembocadura del río Níger. En lo que es hoy Nigeria. Pero, bien ¿cuánto pides?– Alberto le miró extrañado.

–La cifra que quedamos.– Carmen miró con intensidad.

–No puedo pagarte tanto. Es difícil de colocar y necesitaría más de seis meses para reunir esa cantidad. Te doy cien mil,– y le entregó un sobre grande de color naranja -cuéntalos. En seis meses te pagaré otros cien mil. Y eso va a ser todo.

–En fin...no es el trato, no es el trato. Dame ahora ciento ochenta y nos olvidamos. –La mujer lo pensó durante unos segundos.

–De acuerdo,– se acercó a la mesa del despacho y sacó de un cajón un fajo de billetes de cincuenta euros. Los contó y entregó a Alberto la cantidad que faltaba para completar el trato. –Y ahora ya sabes, no nos conocemos.

–Por supuesto. Sólo aparezco para una nueva excursión por las terrazas de esta ciudad.

Carmen se sentó en el confortable sofá y apuró su vaso de whisky. Miró la cabeza de mujer que tenía entre sus manos. ¿Qué le decían esos ojos? Pensó en las razones que le habían llevado a convertirse en una ladrona. Reconoció su ambición, ¿dónde se había perdido? Buena familia, estudios en los mejores colegios de Madrid. Las relaciones perfectas de una tratante de arte. Recordó su conversación con la Reina Mónica y cómo había decorado su casa en palacio. Todo, todo... lo había hecho por el dinero y su reputación. Quería ver en los rostros de los que se encontraba la rendida admiración a su persona y a su estilo de vida. Y aquella cabeza ahora se lo recordaba. Una mujer como ella. Sí, determinada y serena. Volvió a mirar la escultura de bronce y supo entonces qué cinco personas estarían en disposición de adquirirla por el precio que les pidiera.

Luis Freire entró en el salón de su casa con un sentimiento de alivio. La jornada había sido agotadora. Los mercados digerían mal las turbulencias que venían de Londres y él hoy sólo había podido resguardarse del temporal. Dijo al mayordomo:

–Alfredo, prepare tortilla para cenar y un plato de embutidos. Abra una botella del Cru Saint Emilion. Hoy la necesitamos. ¿Está mi mujer?–

Alfredo recogió el abrigo del señor mientras decía:

–Sí, tiene una visita. Es Carmen la galerista.

–Ah... fantástico. Ponga una silla más para la cena.– Carlos se miró al espejo del amplio vestíbulo decorado con cuadros de pintura española del siglo diecinueve. Observó que su corbata de marca estaba en su sitio lo mismo que su cabellera larga y de color castaño y entró en el salón.

–Querida Carmen, qué placer volver a verte. Se acercó a la mujer a la que respetaba y con la que había cerrado buenos negocios. –¿cómo estás?

–Muy bien, te veo en tu mejor momento Luis. He oído de tu éxito con lo de las cementeras. Una operación limpia.– Luis le miró y sonrió pleno de satisfacción. Carmen se refería a la operación de fusión de dos cementeras madrileñas. –La minuta por tus servicios se escribe seguro con seis dígitos –dijo pícaro Carmen.

–Sí, pero un trabajo desmesurado. No sabes lo complicado que se ha vuelto el lograr que las personas tomen las decisiones mejores para ellos y con un riesgo prudente.

–Sin duda– respondió Carmen –yo lo veo todos los días en el mercado del arte. Estás ofreciendo un chollo y la gente sólo te pregunta por los certificados, el seguro, el mercado de reventa. Hay que guiarse más por el instinto.

–Así es, –comentó Luis–. Dime, ¿Qué te trae por aquí? Antes que nada quiero decirte que te quedas a cenar.

–Por supuesto, –habló Matilde, su rubia mujer–, yo ya se lo he comentado. Carmen ha venido para mostrarnos una pieza de su colección privada de la que quiere desprenderse. No me la ha enseñado todavía, quería que estuvieras tú. Me dice que es arte en su estado puro.– Matilde sonrió mientras recogía su copa de champán que reposaba sobre la mesa bajera y luego prosiguió, –hay ya cuatro familias interesadas. ¿Querrás acercarte un momento querido?

Luis sonrió y dijo, –Si nos lo ofrece Carmen sé que nos va a gustar. –La galerista rió, su vida se nutría de comentarios como aquel, no era tanto el dinero sino la necesidad de sorprender cada noche a esa clase de gente, llevándoles a mundos no explorados todavía por su ambición.

Tomó de su maleta el bulto perfectamente embalado en papel de seda blanco. Lo fue abriendo con lentitud mientras decía.

–Lo que vais a ver es una pieza de museo. Pero lo que siempre me ha atraído es su mirada. Parece que interroga. He pasado muchas horas hablando con esta mujer.– Mostró a la pareja la cabeza de la reina de Benin, su color cobrizo refulgía por la luz potente que iluminaba el amplio salón de la mansión.

–Aquí la tenéis.– Miró a Matilde, algo iba mal, le extrañó cómo su rostro iba componiendo un gesto de espanto. Dio un grito. –¡Qué horror!, ¡sal de aquí!, ¡cómo nos has traído esto!– en ese momento Luis abrazó a su mujer mientras decía, –ya está bien, ya ha pasado, no mires y ya está, no mires... Carmen no entendía nada, estaba asustada.– En ese momento habló Luis.

–Ya sé que es difícil de explicar, pero ese rostro es igual que el de la hermana de Matilde que asesinaron hace tres años en un atraco en la calle Ortega aquí en Madrid. Ha sufrido mucho mi mujer con eso. Y esa mirada... es que es su hermana... clavada. –Carmen dijo, –Lo siento Matilde, lo siento, es algo increíble.– Y se acercó a Matilde para darle un abrazo. La mujer lloraba. La cabeza reposaba encima de la mesa. Con su boca serena, con su mirada fría. Les miraba y Carmen sabía qué quería decirle.

Lo intentó con otros cuatro de sus adinerados clientes. La misma historia, el recuerdo de un último fracaso, de una pérdida personal, de un mal negocio. Pensamientos agitados producidos por la visión de su imagen enigmática y como consecuencia su cabeza de reina sin encontrar un comprador. Transcurrieron los meses, los ciento ochenta mil euros pesaban ya sobre su cuenta corriente de crédito. Tenía que encontrar un inversor si quería mantener su hipoteca al día y su tren de vida durante las siguientes vacaciones en Marbella. Una noche mientras bebía un whisky sacó a la reina de su armario y se sentó en el sofá con ella entre las manos. Miró los ojos limpios y determinados de ese rostro que al parecer tomaba múltiples formas. Trató de adivinar por qué a ella no le recordaba a nadie ni le suscitaba ninguna nostalgia, ningún recuerdo. Era un rostro de una

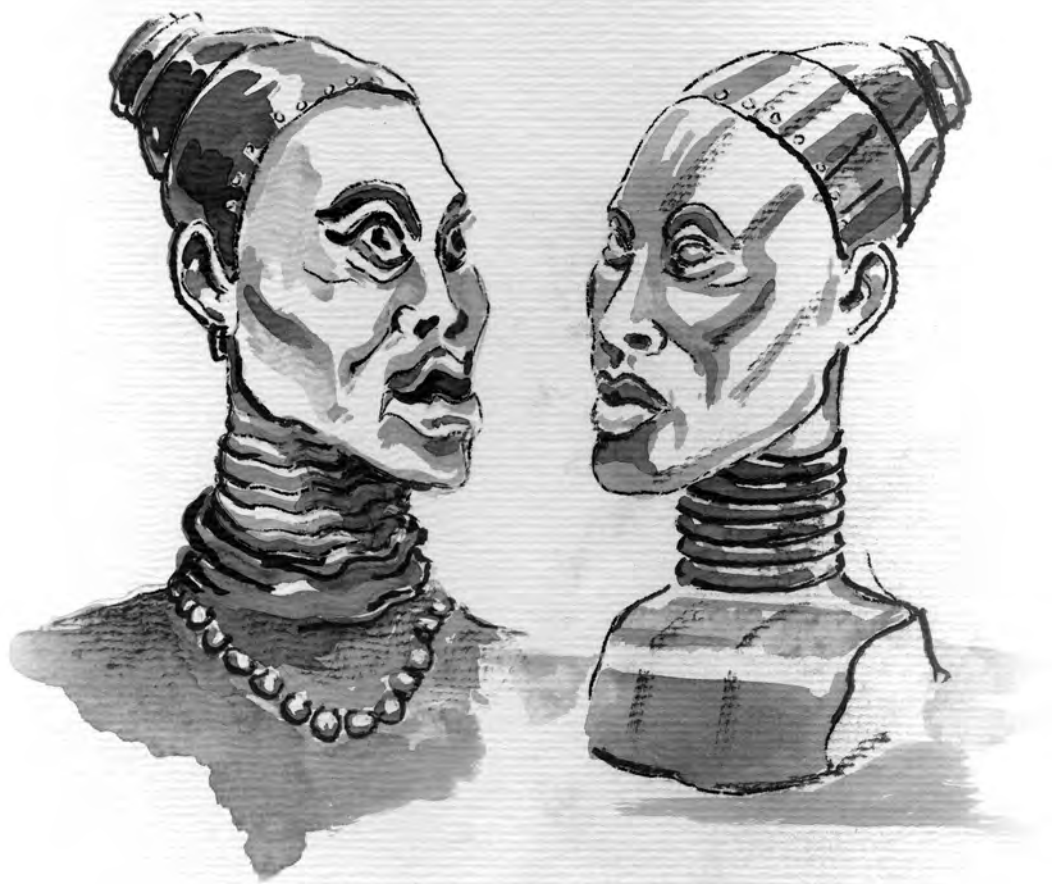
mujer bella hecho en bronce ataviado con un tocado curioso. Eso era todo. Se cogió la cara con sus manos. Le entraron ganas de llorar. Y movió lentamente su cabeza. Cuando se hubo tranquilizado ojeó con descuido la revista semanal que encontró a su lado, sobre el reposabrazos. Estaba cansada, pasó las hojas con desgana y entonces su corazón dio un brinco. Era una foto de la actriz Petra Suslov, la nueva sensación en el último festival de Cannes. Una mujer preciosa. Miró la pieza y miró la foto. Dio un grito y se levantó espantada. Corrió sin saber hacia dónde, en un momento, un mal paso le hizo tropezar con la alfombra y se golpeó la cabeza con la mesa.

Dolores, la sirvienta, la encontró por la mañana. Había perdido mucha sangre. Llamó al portero y luego acudió el equipo de emergencias. Ella sólo pudo decir: la reina...la reina... y se hizo acompañar por ella. Y la tenía junto a su cama en el hospital mientras duró su cura.

Petra Suslov sonreía: el estreno en la Gran Vía acaparaba los noticieros de todas las cadenas de televisión. Parecía una mujer segura de sí misma. Había triunfado porque era una buena actriz decían los cronistas. Y en pocas fechas llegaría un nuevo estreno que sin duda le haría entrar por la puerta grande en Hollywood. Carmen vio el destello de las luces de las cámaras apostadas en la acera a pocos metros de donde Petra saludaba. Su rostro afilado, sus pómulos sonrosados, su sonrisa permanente que ella siempre adivinaba en la figura. Sintió una gran tristeza, porque ese interés que levantaba Petra, era el propio que ella deseaba para su reina.

Carmen había conseguido el pase para la rueda de prensa gracias a Fermín, de la revista literaria, al que en su día vendió un cuadro de Agustín Rodríguez. Se sentó entre la veintena de periodistas congregados en el acogedor salón del hotel Palace. Vio que cuatro hombres atléticos constituían la guardia pretoriana de la actriz. Nadie podía acercarse a menos de dos metros. Carmen hizo un gesto al que parecía el jefe de prensa y le dijo.

—Soy Carmen Sorrento, de la galería de arte Sorrento Las Casas. Hemos estado llamando a Petra. Nos gustaría ofrecerle algo que no va a



poder rechazar. Son sólo diez minutos, ¿podríamos juntarnos con ella en su suite después de la rueda de prensa?— El hombre que llevaba un transmisor miró a Carmen con cierto desdén. Habló algo en ruso a través de su aparato y luego dijo a la galerista: de acuerdo en la habitación doscientos diez en media hora.

Carmen se sintió nerviosa mientras esperaba frente a la puerta de la habitación. Le abrió uno de los guardas de seguridad. Tenía un rostro duro como el de alguien que no tiene miedo a nada. Le acompañó hasta una sala que hacía de vestíbulo. Al cabo de unos segundos Petra apareció. Su bella sonrisa iluminó la estancia mientras le saludaba. Carmen se presentó y explicó lo que venía a ofrecer. Lo rodeó de la expresividad que como comerciante experta sabía que funcionaba. En ese momento habló la actriz:

—¿Entonces es la pieza de una colección del siglo catorce? Además proviene de un pueblo y de una cultura africana. ¡Qué emocionante!— Carmen sonrió. Buscaba el momento cumbre en que el entusiasmo se desbordara para enseñar a la reina. Siguió hablando.

—Es que tú tienes un rostro tan eslavo que es el ideal para representarlo en un escultura. Se trata de los ángulos de la cara. De las luces y de las sombras. De eso habla la escultura.— En ese instante se fijó en Petra. Destacaba su cuerpo perfectamente modelado y su cabellera pelirroja. Y su sonrisa que ya enamoraba a miles de seguidores en todo el mundo. Quería encontrar la frase definitiva que le haría venderle la obra de arte al mejor precio y entonces dio con ella.

—¿Sabes?, antes de enseñarla quiero que rechaces todo lo negativo que te ha pasado. Todos los sinsabores, los malos recuerdos. Te vas a ver a ti misma, y te vas a sorprender mucho. Pero debes estar serena, respira porque vas a tener una relación intensa con este bronce toda tu vida. ¿Estás preparada?— Carmen sonrió y luego añadió: Cierra los ojos. En ese momento abrió el envoltorio y puso la cabeza de mujer sobre la mesa alrededor de la cual estaban conversando. Dejó pasar unos segundos. Carmen volvió a mirar a su reina y le sonrió, quería en cierta forma despedirse y luego dijo: Ya puedes mirar. La Suslov abrió lentamente los ojos. Carmen notó su asombro pues no movió ni un músculo de su cara durante

al menos tres segundos. Trató de decir algo pero sólo balbuceaba. Tomó en sus manos la figura, se levantó del sofá y se acercó a un espejo que estaba colgado junto a la puerta del dormitorio. No hablaba. Petra miró con una sonrisa el reflejo de los dos rostros, el suyo y el de la reina. Dio un grito de alegría. Era su vivo retrato.

Cerraron el precio en un millón seiscientos mil euros. A finales de esa misma semana, el dinero estaba ingresado en su cuenta bancaria. Sin preguntas, sin factura, todo al estilo de aquella gente. Aquel sábado, plena de satisfacción, bebía café con leche en la abarrotada cafetería del Gran Hotel Velázquez. La visión de su futura casa de Marbella en la urbanización la Corraleja le hacía inmensamente feliz. Sacó de su bolso el plano con la distribución. Cuatro dormitorios, dos salones, piscina, pista de pádel. Sonrió, la reina había rendido su fruto al fin. Sin embargo la echaba de menos. Los sentimientos que provocaba le habían extrañado y atraído a la vez. Tantas semejanzas en tanta gente. En ese momento, un hombre se sentó a su lado. Era rubio y fornido. –Oiga, ¿qué está haciendo?– dijo Carmen, –tiene otras mesas libres. El hombre dijo:

–¿Es usted Carmen Sorrento? Sí, ¿qué es lo que quiere?

–Debe usted acompañarme a comisaría. Ha sido denunciada por el robo de una obra de arte. No me haga esposarla. Tenemos el coche patrulla en el cruce con la calle Ayala. Ahora...si hace el favor.– Carmen dijo airada:

–¿Denunciada? No entiendo, –vaciló un instante– Soy una galerista de prestigio. Debe tratarse de un error.– Carmen era llevada, casi empujada en dirección a la calle.

–Me temo que no señora –le dijo el policía– Petra Suslov, ¿la conoce?

–Sí.– Carmen miraba al hombre que le llevaba cogida por el brazo. Este dijo:

–Mostró la cabeza de la Reina africana en su primera rueda de prensa en Los Angeles. El auténtico dueño la vio y la reclamó ante el FBI. Lo demás usted lo conoce mejor que yo.

Carmen quedó pensativa. La reina de Benin. La cabeza de las mil caras y de las mil historias. Ahora sabía qué le recordaba, y qué le había

enseñado. Se tocó la barbilla con la mano y sonrió. La vida de una reina, que ya no viviría. Llegaron al coche patrulla, la mano del policía le protegió el cráneo mientras ella hacía el movimiento de entrar en el vehículo para iniciar una nueva existencia, a su pesar.

REDENCIÓN EN LA COSTA
Adolfo Casasús Tomás

Desperté apresado en una estructura de hierro barnizada en arena y vapor. A mi derecha, un agujero estrecho dejaba caer sobre mí un líquido color marrón anaranjado, mientras que por otra cavidad se escabullía el aire y el vapor que se originaban en aquel oscuro confinamiento. En cuestión de segundos mi cuerpo se vio endurecido. La temperatura de aquella celda descendió drásticamente. Enmudecido el estruendoso ruido generado por la salida del vapor pude distinguir la voz de varios hombres. Uno de ellos frenó con un grito a unos pasos que se me acercaban.

–¡Curro! Levántalo cuando lo haga yo o el molde caerá a uno de los lados.

–Sí Don Ricardo.

Advertí la presencia de dos individuos, uno a cada lado. Se mantuvieron quietos en silencio, a excepción de una ronca respiración que pude distinguir. Un carraspeo inició una cuenta que llegó a tres seguido de dos rápidas aspiraciones, con ello observé todo lo que la tapa no me había dejado ver al despertar. Lo primero fue una fragua al lado de un fuelle y un desgastado yunque, donde descansaban unas tenazas. El resto de herramientas, ordenadas, aguardaban impacientes en los estantes ser usadas en algún cometido. Ruedas, cubos y tablones de madera descansaban sobre la pared más iluminada. Las ventanas abiertas de par en par dejaban que se colase una brisa marina, húmeda y fresca que acabó por enfriarme totalmente. Pasaron unos minutos hasta que la conversación de aquellos hombres volvió a nombrarme.

– Saquémoslo fuera para lavarlo y pulirlo. Recuerda tener especial cuidado con el sello del rey.

Noté como la parte inferior del molde, a la que aún seguía acoplado, se elevaba y se dirigía a la salida. Al cruzar la puerta me balancearon suavemente a un escaño que se elevaba unos cuatro pies del suelo, casi la mitad de mi longitud, me posaron con cuidado y retiraron el molde dejándome desnudo en aquel lavadero. Fueron llenando y trayendo barriles de agua junto a cepillos, paños secos y una sierra de lija, comprendí que mi cuerpo aún no estaba listo fuera cual fuera la función a la que estaba des-

tinado. Derramaron sobre mí medio barril de golpe, como si quisieran despertarme de un profundo sueño. Los granitos de arena que seguían adheridos tras separarme del molde cayeron sobre el suelo, salpicando los pies de mis creadores. El resto del agua resbaló por mi cuerpo despacio mientras un paño me retiraba toda la suciedad que persistía. Fueron muy delicados los masajes que me dio aquel hombre que con esmero recorrió toda mi figura una y otra vez. Comenzó frotando toda mi cubierta. Sus manos fueron bajando por mi cuerpo hasta llegar al cascabel, así lo nombraban. Aprendí en aquel proceso los nombres de mis fundadores, mis partes y mi cometido. Cañón, es cómo se referían a mí los herreros. Don Ricardo, el maestro, le repetía al joven muchacho que me limpiaba, cómo hacerlo, qué instrumentos utilizar y en qué partes debía prestar más atención. También mencionó que yo era uno de los cañones encargados para el buque Neptuno, un navío al servicio de su majestad Carlos IV. Presté mucha atención a toda la explicación del maestro, su suave voz junto a las caricias de su aprendiz hicieron que aquel baño resultará ser lo más placentero que he llegado a vivir.

Cuando el sol llegó a lo más alto del cielo me bajaron de aquel lavadero y me colocaron junto a mis hermanos ya pulidos y acuñados con el escudo del rey. Esperamos en silencio varias horas. Los herreros habían vuelto dentro dejándonos por primera vez solos desde nuestro nacimiento. Aguardamos pacientemente a que alguno de los herreros volviera a por nosotros, pero la noche cayó y sólo salieron del taller para regresar a sus respectivas casas sin dedicarnos siquiera una mísera mirada. Uno a uno mis hermanos fueron dejando oír sus voces. Todos nos encontrábamos expectantes ante un futuro incierto. Soñando con la futura gloria nos quedamos dormidos. Con la primera luz del alba, antes si quiera de que las gaviotas comenzasen su vuelo rutinario sobre la costa, desperté. Lo que más recuerdo de aquella mañana es el aroma que arrastraba la brisa. Me he pasado toda la vida en el mar, mirando el oleaje día y noche por la porta y jamás he vuelto a sentir la suavidad de aquel perfume. Aún sigo esperando volver a cruzarme con la embriagadora corriente que me despertó de mi primer sueño. Cuando el ruido de

los barcos que atracaban se sumó al de las olas chocando contra el espigón del puerto, es cuando se despertaron el resto de mis hermanos. Todos dejamos volar nuestra mente sobre la mar que nos pedía a gritos ser explorada. Nos mantuvimos sosegados incluso después de la llegada del herrero. Ignoramos su presencia al igual que hizo él la noche anterior. Y es que apartar la mirada del océano, al menos para mí, resultaba imposible.

Pasada la tarde, un grupo de marineros llamó a la puerta de la herrería. Llevaban consigo un carruaje grande y cubierto, totalmente vacío a excepción de unos trozos de tela. Dos marineros se pusieron a hablar con el herrero mientras los otros cuatro nos montaban en el carro. De esa breve conversación sólo pude reconocer las palabras "puerto" "orgullo" y "España". El cuidado con el que había sido tratado quedó en un apartado recuerdo. Las delicadas manos con las que me habían tratado fueron sustituidas por unas apresuradas y descuidadas. Todos los cañones que allí nos encontrábamos nos sentimos igual, aterrados con un ligero toque de excitación pues la hora de surcar los mares se acercaba. El puerto del Ferrol se encontraba abrumado esa tarde de 1795. Recuerdo bien ese año. El rey aconsejado por su Secretario de la Marina, el Marqués de la Ensenada, dio la orden de construir doce navíos ansiosos por ocupar un hueco en los libros de historia. Y vaya si lo hicimos, pero no de la manera esperada.

"¡Espera, yo te ayudo!" "¡Más arriba!" los gritos de los marineros se intercalaban en mis pensamientos. Mirase al lado que mirase veía gente apurada y gritando. Sin darme cuenta un hombre me enganchó a unas cuerdas sujetas por una polea, al otro extremo de la cuerda, un montón de personas y maquinaria que no llegué a comprender lograban elevarme. Me alzaron con cuidado siguiendo las indicaciones de un marinero que estaba en la cubierta de una de las naves. Perdí la cuenta de los tirones que dieron para poder levantarme. Si soy sincero, me distraje observando todo el paisaje. Algo dentro de mí me decía que no volvería a volar tan alto y quería aprovechar al máximo esa experiencia. Con varios respingos, me

colocaron encima de una cureña que esperaba mi llegada para acompañar a los cañones ya montados en los pisos de abajo. Acabé situado en la cubierta de la segunda batería, mi porta y la de todos los demás estaban cerradas y la única luz que se advertía era la que se asomaba por la escalera. Con un tirón me ataron con un braguero y unos palanquines al barco. Siguieron el proceso con todos los cañones que iban llegando. Estuvieron montándonos durante días hasta que una mañana de abril dejaron de oírse los apresurados pasos de los marineros. El barco se mantuvo en calma varias horas hasta que el suelo comenzó a temblar. Al estar todo cubierto no pude ver qué estaba pasando, pero sí me percaté de que descendíamos por lo que parecía una rampa. Me mantuve quieto y sujeto observando todo cuanto había a mí alrededor hasta que el barco se detuvo y empezó a tambalearse suavemente de un lado a otro.

–¿Estamos flotando?– dijo uno de los cañones que tenía tras de mí.

–Eso parece– dije –Los que llegasteis los últimos ¿sabéis que ha sido del resto de cañones? ¿Se quedaron en puerto o están aquí?

–Yo he oído que comparten navío con los de hierro, creo que en el Éolo– contó el cañón de mi derecha.

–¿Compartir con quién?– volvió a preguntar el cañón de atrás.

–Con los cañones de hierro– aclaró.

Por lo poco que sabía, los cañones de hierro eran más baratos que nosotros, eso es lo que me había explicado uno de mis hermanos, pero también dijo que nosotros éramos más resistentes y podíamos soportar más pólvora que ellos. Nunca había sido utilizado pero he de confesar, que el saber que yo era uno de los mejores cañones del rey, hizo que me creciera un poco.

Durante años surcamos los mares, una experiencia preciosa que nunca podré dejar olvidada, hubo varios imprevistos, como es normal en alta mar, pero el capitán Valdés supo salir de todos sin problemas haciendo de la travesía un apacible paseo. Durante esos años pude ver todo mi potencial, lo lejos y fuerte que lanzaba los proyectiles dejaba a mis hermanos

sin palabras. Me cansé enseguida de las prácticas de tiro, la patrulla de rutas y las pequeñas confrontaciones contra barcos perdidos o mal dirigidos. Mi cuerpo seguía esperando la hora de un nuevo reto, cualquier cosa que me hiciera quedar como un héroe delante de todos. Deseoso aguardé hasta que al fin llegó el día. El 21 de octubre de 1805 la gran flota española unida a la armada francesa se enfrentó a los ingleses cerca de Trafalgar. Partimos treinta y dos barcos frente a veintisiete que poseían los ingleses. Mucho antes de ver a ningún navío enemigo noté algo que nunca había sentido. Algunos, como el almirante Gravina dijeron que era el tiempo, que el barómetro estaba bajando y se avecinaba una tormenta. Muchos otros dijeron que eran los nervios previos a la batalla. Me convencí de que no era más que excitación por lo que nos esperaba en el mar y junto a mis hermanos cantamos y soñamos con todos los honores que nos iban a conceder tras la victoria. Partimos en fila, serenos, hasta que el enemigo estuvo a la vista. Se acercaron en dos hileras por nuestro flanco. Rompiendo por completo nuestra formación y separándonos en tres grupos. Las naves de los extremos tardaron mucho en maniobrar y socorrer a los que nos habíamos quedado en el centro de sus líneas. Mis hermanos y yo siguiendo las instrucciones del capitán comenzamos a disparar. Los gritos de los marineros fueron eclipsados en cuestión de segundos por el estruendoso ruido que producíamos al estallar la pólvora. Disparé preciso y fuerte tanto cómo pude, pero los cañones de enfrente lo hicieron mejor. Sus hombres se repartían las tareas para cargar sus cañones casi el doble de rápido de como lo estaban haciendo conmigo. Seguí disparando cada vez con más desesperación al observar a casi todos los marineros con los que había compartido cubierta durante años, muertos, atravesados por cientos de astillas, apresados por partes sueltas de mis hermanos ya caídos y fracturados. Aquellas imágenes aún me desvelan por las noches. Tras mi último disparo, mientras me recargaban, penetró un proyectil enemigo que decapitó a quien sujetaba mi cepillo mientras los otros dos marinos, atónitos salieron corriendo dejando la pólvora y la munición en el suelo. Por primera vez en mi vida imité a los humanos y comencé a rezar a eso que llamaban Dios. Pedí por mis hermanos, todos ellos, por los que habían compartido cubierta conmigo y por los que se



fueron a navíos distintos. Pedí por todos los españoles que seguían luchando y por último le pedí esperanza, pues no me quedaba ninguna a la que recurrir. Pese a mis más sinceras plegarias los cañonazos fueron apagándose indicando que el final estaba cada vez más cerca. Habíamos perdido.

Varios navíos enemigos se acercaron a nosotros apresando los barcos y a los que allí se encontraban. Decidieron llevarnos a Gibraltar, mientras se atendía a los heridos y arrojaban por la borda los cadáveres y los restos inservibles del barco. Cuarenta y dos tripulantes de mi barco perdieron la vida ese día. El recuento me dejó sin respiración cuando se lo oí decir a los marineros.

Pasaron varios días donde no hice otra cosa que no fuera rememorar la batalla, una y otra vez, buscando los fallos de nuestro ataque, pensando en qué debería haber hecho para reducir el número de bajas. Pensé en ello tantas veces que perdí la noción del tiempo.

Una noche, varios españoles empezaron a recorrer el barco de arriba abajo, raudos examinaron todo el navío y a continuación el timón viró drásticamente. Desconcertado afiné el oído e intenté averiguar qué estaba sucediendo. Por suerte no hizo falta mucho esfuerzo, ya que un marinero repleto de júbilo no paraba de bramar que nos íbamos a casa. Con lo fuerte que anunciaba la noticia aquel hombre me sorprendió que los ingleses no se hubiesen dado cuenta de nuestra partida. Tal vez sí lo hicieran y prudentes decidieron dejarnos a nuestra suerte en plena tormenta. De esa tempestad sólo recuerdo repetidos golpes contra las paredes hasta que las cuerdas que me tenían sujeto se soltaron por completo. Después el nivel del agua subió rápido y sin piedad, atrapando a todo lo que encontraba a su paso. La presión del océano me despedía hacía un fondo que no lograba discernir y poco a poco, la oscuridad de la noche encontró un tono más sombrío hasta dejarme sumergido en tinieblas.

—¿Cuánto tiempo lleva hundido padre?

—Cuatro meses ¿Es increíble verdad? Parece que hayan sido un par de horas, está como nuevo.

—¿Aún funciona?

—Claro que sí, el bronce empleado no se oxida fácilmente, pero lo mejor será fundirlo y aprovecharlo para otro cometido. Tengo algo ya en mente...

“Dong” “Dong”. Seguí con los ojos cerrados mientras unas leves vibraciones recorrían mi cuerpo.

—¿Cómo es que el resto de campanas no suenan así Joaquín?

—Esta es de bronce, señor, treinta por ciento de estaño con una pequeña proporción de plata.

“Dong” uno de los hombres me golpeó de nuevo.

—¡Subidla a la torre muchachos!

Adormecido me dejé llevar durante todo el trayecto. Mi mente aún descansaba con los restos de mi hogar que yacían en la costa de Cádiz. Uno a uno fui apreciando pequeños tirones, muy similares a los que recibí cuando me montaron en mi cureña. Por cada tirón me abordaba una nueva pregunta ¿Dónde estaba? ¿Por qué seguía vivo? ¿El resto de mis hermanos habían despertado como yo? Fatigado por las suposiciones, me armé de valor y abrí los ojos lentamente. Una torre alta en la costa se acercaba a mí por cada tirón que me aplicaban. Tres hombres en su cima alzaban sus brazos para dirigirme hacía un soporte que reposaba sobre sus cabezas. Una vez colocado pude observar todo el paisaje a mi alrededor. Como un pájaro observé cientos de cabezas, tejados y barcos. No me hizo falta explicación de ningún maestro, con solo abrir los ojos, ya supe cuál era mi cometido. Proteger a todos mis hermanos que aún seguían en la mar para que no encallasen en el recóndito arrecife que nos había abatido meses antes. Ésta era mi oportunidad para saldar cuentas con Dios y compensar todas las bajas que aún seguían sobre mis espaldas.

EL PERDÓN DEL MINERO VALIENTE

Luis Gabriel David García

Puedo afirmar, con conocimiento de causa, que a sus 85 años el señor Bodolski era uno de los miembros más activos de su comunidad, en este barrio de casas de dos plantas de ladrillo visto y setos perfectamente recortados en Newark (New Jersey), también conocida como *Brick City* (Ciudad de los ladrillos). Tom Bodolski, quien enviudó hacía ya un lustro, podía ser visto diariamente paseando en bicicleta por las calles aledañas a su residencia y recibir los cariñosos saludos de sus vecinos, la mayoría de los cuales habían sido clientes de su prestigiosa ferretería, un negocio familiar de tres generaciones con el cual alimentó, cobijó y educó a sus cuatro hijos. No es extraño que con mucha frecuencia visitase las casas del vecindario para realizar pequeñas reparaciones domésticas, dada su enorme habilidad manual, por las cuales no pedía nada a cambio, solo una taza de ese café americano bastante aguado que les gusta a los estadounidenses y un rato de conversación. También era uno de los impulsores del huerto comunitario puesto en marcha en los terrenos de la parroquia católica para proveer de frutas y verduras frescas a personas necesitadas. Por las tardes, el octogenario de ascendencia polaca, disfrutaba cuidando de algunos de sus doce nietos que eran para él motivo de adoración.

Tres tipos de relación mantuve con el señor Bodolski: en primer lugar, fui su médico de cabecera, pues desde que llegué a este país, desde mi Almería natal en la costa andaluza, recogí a la mayoría de pacientes del doctor Whitaker, su anterior galeno ya retirado. Por otra parte, fuimos vecinos, pues ambos vivimos en la misma calle y finalmente compartí con este veterano de la Segunda Guerra Mundial una buena amistad a pesar de la amplia diferencia de edad que había entre los dos. Llegué a acostumbrarme a que me llamase doctor "Piris" y fuese incapaz de pronunciar correctamente mi apellido, que es Pérez.

La vida de Bodolski transcurría de una forma activa, pero sin sobresaltos, que es lo que los médicos queremos para las personas mayores. Los domingos su rutina variaba, pues después de la misa dominical ofi-

ciada por el padre Rapuscinsky, todos sus hijos, nueras, nietos y nietas se presentaban en la casa paterna para compartir un multitudinario almuerzo en el cual se hablaba animadamente mientras se devoraba una gran cantidad y variedad de comida. En varias ocasiones fui invitado a este convite de los domingos, donde mi tortilla de patata, mi salmorejo y mi empanada gallega eran muy bien recibidas, lo mismo que mi conversación en un inglés demasiado británico para el gusto de mis anfitriones.

En uno de estos encuentros familiares de los Bodolski fui testigo de una escena que trastocaría la vida de vida de mi amigo y de todos sus allegados. Un buen día, o “mal día” según Tom, una de sus nietas llamada Katty, la menor de diecisiete años de edad y estudiante en la vecina Universidad de Columbia, trajo a comer a un amigo de la facultad, un chico japonés de nombre Masao Nakamura que había venido del país del sol naciente para adelantar estudios superiores en Norteamérica. No era extraño que a los banquetes de fin de semana en casa del señor Bodolski se sumasen amigos de sus hijos, sus nietos o de él mismo, pues comida siempre había de sobra. Pero en esa ocasión, cuando le presentaron al joven japonés, a quien llamaban Mickey en vez de Masao, el patriarca no solo rechazó la mano tendida del universitario sino que también abandonó la estancia de una forma muy grosera y subió a encerrarse en su habitación, de donde no hubo poder humano que pudiese sacarle. A la petición de explicaciones por parte de sus allegados, respondió únicamente y con gran enfado, que mientras estuviese vivo no quería ver a ningún “maldito japo” en su casa. La misma Katty intentó razonar con su abuelo, pero no consiguió más que ganarse un disgusto y tener que abandonar la casa con el rostro bañado en lágrimas. La comida, sin la presencia del patriarca, fue muy breve y todos nos marchamos de allí azorados ante el sorprendente comportamiento de Tom Bodolski.

A partir de ese día mi paciente cambió radicalmente. Se encerró en su casa, evitaba encontrarse con sus vecinos, no participaba en las actividades de la comunidad, y permanecía en silencio durante las comidas fa-

miliares de los domingos. Todo ello después de enterarse de que su nieta querida tenía una relación sentimental con el estudiante japonés. Preocupados por los posibles efectos sobre la salud de su padre, los hijos Bodolski (dos hombres y dos mujeres, que ya habían adoptado el apellido de sus maridos según la costumbre anglosajona) me pidieron que indagase en el porqué de su trastorno de comportamiento, el cual creían asociado a alguna vivencia de su pasado como combatiente en la Guerra del Pacífico contra el ejército imperial japonés.

Preocupado por mi paciente y amigo, busqué la ayuda del padre Rauscinsky, una de las pocas personas con quienes podía hablar fluidamente en español gracias a los años que este sacerdote, contemporáneo mío, pasó en América Latina. De esta manera, su médico y su asesor espiritual nos hicimos presentes una tarde, dos semanas después del "incidente japonés", para intentar aclarar lo sucedido con nuestro vecino.

Bodolski nos recibió en su salón y abrió una botella de vino de Valdepeñas que yo le había regalado por Navidades. Al principio se mostró esquivo y no quiso tocar el tema que a todas luces le incomodaba en demasía. Sin embargo, como suele ocurrir con los amigos en vez de los familiares, el anciano se abrió a nosotros y nos contó su historia.

Realmente todo tenía que ver con la Gran Guerra. A los 20 años de edad, y empujado por su padre, dejó la ferretería familiar y se unió al ejército estadounidense con el fin de combatir a los nazis y liberar a la Polonia natal de sus abuelos del yugo hitleriano. Pero, en vez de eso, fue enviado al frente del Pacífico donde su destino no era pegar ni un solo tiro sino servir como cocinero para proveer del rancho al resto de la tropa. Ya estaba resignado a que su paso por la gran contienda se limitaría a pelar montañas de patatas y preparar filetes de pollo para los oficiales, pero nada de eso fue así, pues se encontraba en el lugar equivocado en el momento equivocado. Era el año de 1942 en Filipinas y los japoneses se arrojaron sobre este estado insular dominándolo en poco tiempo y obligando al general

Douglas MacArthur a abandonar su cuartel general con la promesa (más tarde cumplida) de que volvería. Y de esta manera se encontró acorralado y vencido en la península de Bataán, junto con otros 75.000 compañeros, entre estadounidenses y filipinos convertidos en prisioneros de guerra de unos sorprendidos nipones convencidos de que el número de rendidos no pasaría de 25.000.

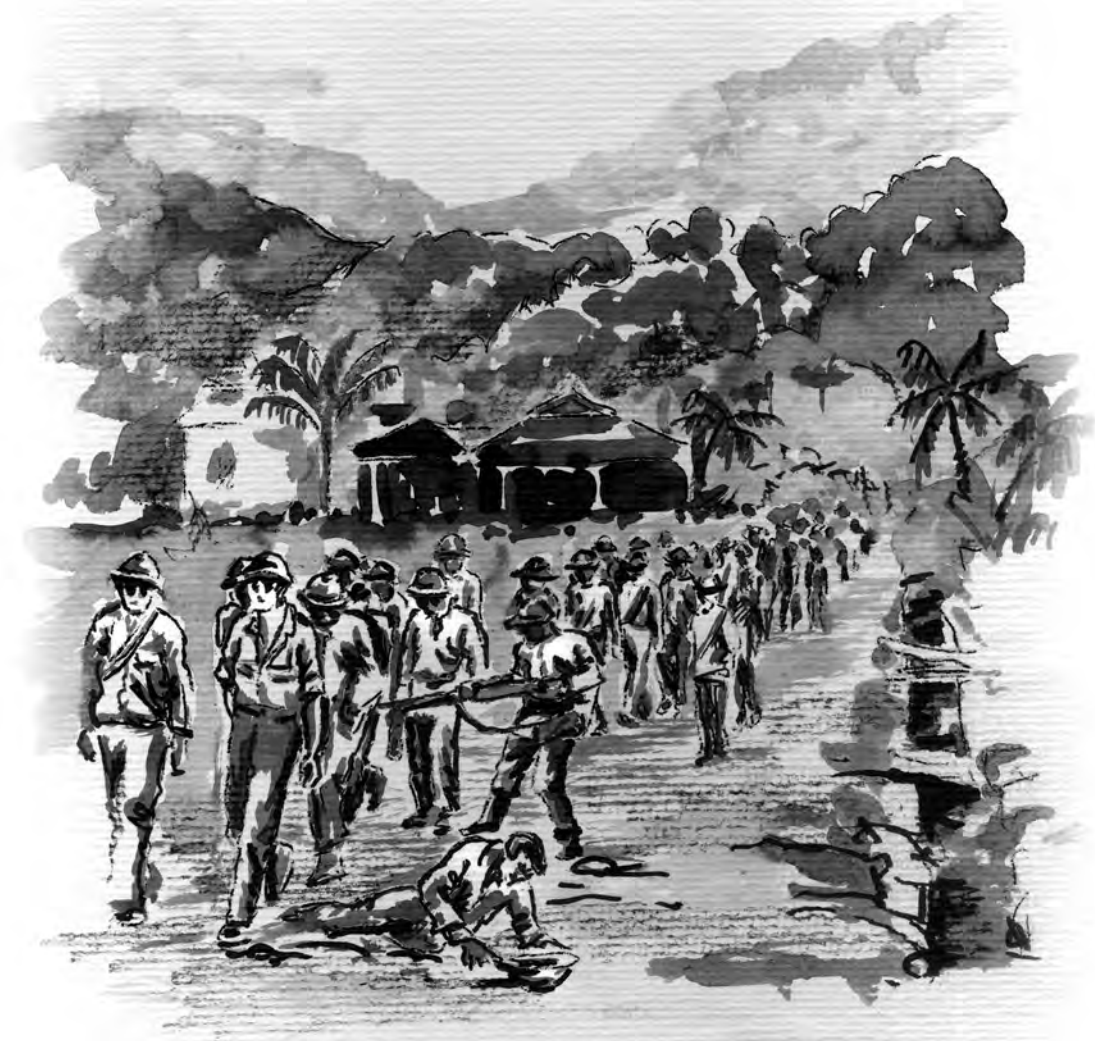
El viejo señor, a quien ahora veíamos aún más viejo, confesó que esto nunca se lo había contado a nadie, ni a su querida difunta mujer. Era una parte de su vida que había intentado borrar de la mente, pero que había vuelto de golpe tras ver la cara del chico japonés. Y prosiguió su relato enfatizando que lo que vino a continuación fue una experiencia infernal donde conoció el horror y el sufrimiento en su expresión más extrema.

Después de la rendición, los prisioneros aliados fueron obligados a caminar cien kilómetros hasta un campo de concentración en el otro extremo del archipiélago. Esta travesía es conocida como la “Marcha de la muerte” y catalogada como uno de los mayores crímenes de guerra de la historia contemporánea. Bodolski recordó cómo fueron obligados a caminar sin descanso, ni comida ni agua en medio del sofocante calor tropical, empujados por los culatazos de los fusiles de sus captores y pinchados con sus afiladas bayonetas. Quienes no podían seguir adelante simplemente eran degollados por sus enemigos a orillas del camino o aplastados por los vehículos militares, pues la orden era la de ahorrar munición. De esta forma, al término del recorrido, unos diez mil hombres perdieron la vida debido al bárbaro y cruel tratamiento recibido, el cual contravenía todos los tratados internacionales existentes para garantizar la “humanización de la guerra”. Nuestro amigo y otros muchos fueron luego llevados en los llamados “barcos infernales” hasta el propio Japón. Se trataba de naves de carga donde los cautivos eran hacinados como si fuesen fardos, ni siquiera animales. Cientos de hombres entrelazados, sin poder moverse, asfixiados en medio de un hedor inmundos, obligados a beber sus propios orines y sudores para no perecer de sed, al borde de

la locura, fueron llevados a través del Pacífico hasta el corazón del imperio gobernado por un descendiente directo de los dioses. Allí los sobrevivientes se vieron obligados a trabajar como esclavos en las minas y fábricas que proveían de material bélico a las fuerzas armadas japonesas.

Al señor Bodolski, quien en ese momento era un joven asustado que nunca había salido de Newark, le enviaron a la mina de cobre de Osari-zawa en la localidad de Hanawa, al noroeste del Japón, propiedad de la compañía Mitsubishi. Junto con otro medio millar de estadounidenses capturados en Filipinas tenía la misión casi imposible de exprimir al máximo las entrañas de la montaña de Honshu, cuyas vetas explotadas desde el siglo XVII estaban prácticamente agotadas, con el fin de obtener el valioso mineral con el cual la industria militar fabricaba numerosos artefactos para la guerra: desde hilo telefónico para las comunicaciones hasta juntas para sellar las bombas que diariamente se arrojaban sobre el territorio enemigo. Desde el gobierno en Washington se decía que "un ejército sin cobre significaría un ejército exento de velocidad y libertad de movimiento, comunicaciones y potencial de fuego". Quizás por ello, uno de los factores que inclinó la balanza de ese conflicto mundial a favor de Estados Unidos y sus aliados fue el hecho de poder contar con las enormes reservas de cobre de los Andes chilenos.

El padre Rapuscinsky y yo apenas nos mirábamos. Seguíamos como hipnotizados el relato oral de Bodolski, quien nos narró las penurias sufridas en aquella mina maldita cuya jornada de trabajo empezaba al amanecer y concluía al caer la noche, con un descanso intermedio de treinta minutos para tomar una taza de caldo nauseabundo y comer un escaso plato de arroz con gorgojos, insectos que constituían la única proteína de su alimentación como presos forzados. Igualmente recordó las horas metido en los túneles mal horadados, oscuros como boca de lobo donde casi a ciegas y ahogado por los gases tóxicos martillaba la roca con su pico, para luego verter las piedras en un carricoche que debía empujar hasta el exterior para que el material fuese luego triturado en busca del



preciado cobre. Y vuelta a empezar. Utilizando una técnica arcaica, ese grupo de hombres volvió a resucitar una antigua mina, gracias a su tesón y empeño y al espíritu del "trabajo bien hecho". Fue algo así como la historia de la película "Puente sobre el Río Kwai", donde el coronel Nicholson se da a la tarea de construir un magnífico puente para sus captores japoneses.

De esta manera, trabajando con tesón, mal alimentados y en las condiciones más adversas, se ganaron el respeto de sus guardianes quienes agregaron algas marinas a la sopa aguada de los prisioneros con el fin de mejorar su pobre alimentación. Parece poca cosa, pero ellos supieron entenderlo como un gesto de reconocimiento por parte de los japoneses.

Su incomunicación con el mundo exterior les impedía conocer el desarrollo de la guerra. Por este motivo su sorpresa fue mayúscula cuando tres años después de llegar al campo de prisioneros de Hanawa Sendai, Bodolski y sus compañeros se despertaron una mañana y descubrieron estupefactos que sus guardianes ya no estaban. Al poco, los aviones estadounidenses sobrevolaron la zona y arrojaron en paracaídas cajas con leche condensada, salchichas ahumadas y cigarrillos. Era el maná que caía del cielo. La guerra había terminado y su calvario diario también. Sin embargo, una treintena de compañeros perdieron la vida allí, debido al maltrato de los soldados japoneses, las enfermedades agravadas por la malnutrición y el frío extremo del invierno, y los accidentes ocurridos por falta de todo tipo de medidas de seguridad. Aquella experiencia le marcó para siempre. Tom regresó a casa convertido en un hombre curtido, en un superviviente a quien la vida nunca más doblegaría. Pero al mismo tiempo desarrolló un odio visceral hacia todo aquello que tuviese algo de japonés. En su casa nunca se compró ningún tipo de electrodoméstico ni utensilio fabricado en Japón. Por supuesto tampoco ningún automóvil o motocicleta de marca japonesa. Y cuando su hijo mayor quiso practicar un arte marcial en un dojo, él se lo prohibió tajantemente permitiéndole elegir cualquier otro tipo de lucha deportiva. Y nunca habló con nadie del tema, hasta ese

día, cuando confesó que se sentía profundamente triste y abatido por el desencuentro que se había producido entre él y su queridísima nieta Katty.

Después de la entrevista con el señor Bodolski, el padre Rapucinsky y yo trazamos un plan de acción. Lo primero que íbamos a hacer era explicarles a Katty y a su amigo Nakamura lo ocurrido. Para ello viajamos en el coche del cura, conducido por él, ya que yo no me acostumbré a conducir vehículos automáticos, hasta el campus de Columbia. Allí, en una agradable cafetería y acompañados por sendos capuchinos espumosos (Masao es un japonés que prefiere el café al té), les contamos la historia a los dos universitarios. Masao, o Mickey, comentó que conocía una historia muy similar escuchada a su abuelo y que, quizás, podía conseguir una solución para este complicado asunto.

Transcurrieron tres semanas sin que se produjese ningún cambio positivo en el ánimo del señor Bodolski. El final de la primavera anunciaba ya el comienzo del esperado verano. En un domingo de almuerzo familiar, en el cual estábamos especialmente invitados el padre Rapucinsky y yo, el señor Bodolski se encontraba sentado en el sillón de su salón acompañado por algunos familiares mientras otros ultimaban los detalles de la comida (siempre abundante y variopinta). Sonó el timbre y uno de los hijos fue a abrir. Enseguida apareció Katty sin compañía y se dirigió a saludar a su abuelo. Este se emocionó mucho al verla, pues no habían vuelto a hablar desde el día del incidente. Ella le tomó de la mano y le dijo que unas personas habían venido a visitarle para devolverle algo que le pertenecía, y que estaban afuera en la calle esperando su permiso para entrar. Intrigado y confundido el señor Bodolski acompañó a su nieta hasta el porche de su casa para descubrir enfrente de la vivienda a la familia Nakamura, compuesta por Masao, sus padres, su hermana menor y su abuelo. El Nakamura mayor era octogenario y también había participado en la guerra. El anciano japonés se inclinó ante Tom Bodolski hasta postrarse en el suelo y tocar con su frente la acera de la calle. Se trataba de un acto de Shazai, o petición de perdón de la cultura japonesa, en su grado mayor,

conocido como Dogeza, que se utiliza como expresión extrema de arrepentimiento. La nieta explicó al estupefacto abuelo que el señor Ishiguro Nakamura había sido uno de los guardias del campo de Hanawa y que había venido a pedirle perdón por sus errores y a devolverle algo que era suyo. El anciano nipón se incorporó ayudado por su nieto y se acercó a Bodolski para entregarle un sobre, en cuyo interior el empresario ferretero encontró varias cartas a su nombre que la Cruz Roja le había hecho llegar hasta el campo de prisioneros enviadas por sus padres desde Estados Unidos. Nunca las recibió, porque las órdenes superiores eran hacer que los prisioneros perdiesen cualquier esperanza de volver a ser libres. Masao tomó la palabra y explicó que al término de la guerra, cuando los japoneses se disponían a abandonar el campo de trabajo forzado, su abuelo convenció a los demás de que no asesinasen a los cautivos, que era la indicación dada por el alto mando para que no se conociese nunca lo que allí había ocurrido. Ishiguro Nakamura utilizó todo su poder de convicción para garantizar que sería respetada la vida de los, ahora, vencedores. Masao agregó que también había sido su abuelo el artífice de mejorar la alimentación de los estadounidenses con algas como recompensa por su buen trabajo en la mina de cobre. Dos decenas de pares de ojos observaban fijamente al viejo Bodolski. Este se puso sus gafas de leer y allí en la calle hojeo las cartas de sus padres. Se emocionó. Las lágrimas rodaron por sus arrugadas mejillas. Nadie recordaba haberle visto nunca llorar. En el acto le dio el paquete de cartas a su nieta y avanzó hasta el señor Nakamura. Le tomó de las manos y en un japonés muy rudimentario, aprendido en sus años de prisionero en esa parte del mundo, le invitó a él y a su familia a pasar dentro, a la casa donde eran bienvenidos. La hora del perdón y la reconciliación había llegado sesenta y cinco años después.

En 2015 un alto ejecutivo de la compañía Mitsubishi, Hikaru Kimura, visitó oficialmente los Estados Unidos para pedir perdón en nombre de su empresa a los sobrevivientes de los campos de trabajo forzados que estuvieron a cargo de la corporación nipona durante la Segunda Guerra

Mundial. Solo dos estadounidenses seguían con vida. Emocionados aceptaron las disculpas que habían estado esperando durante todos estos años.

La mina de cobre de Osarizawa funcionó hasta 1978, cuando finalmente fue cerrada. Hoy en día es una atracción turística que recibe visitantes de todo el país y el mundo.

EL LENGUAJE SECRETO DE LAS CAMPANAS

Sol García de Herreros

I

Toque de alba

–Mañana te voy a dedicar el alba– le había prometido a Andrea la noche en que le dio el primer beso.

Su hermano y él habían aprendido ya todos los toques y repiques, y se sentían importantes cuando eran ellos en solitario los ejecutores. Pero el toque del alba obligaba a madrugar aún más antes de salir al campo y siempre remoloneaban y al final acababa yendo su padre. En cambio esa mañana Martín se ofreció solícito, y cuando acabó con los tañidos a cuerda de la grande –la Santa María, que cada campana tiene su nombre– remató con tres volteos rápidos con la Esperanza. An-dre-a, quería decir, Andrea, Andrea, quería gritar con la campana pequeña y que su sonido alegre se extendiese por todo el valle y llegase a la ventana de su novia y la despertase, y le recordase su primer beso y la volviera a besar.

–Qué tocaste– le preguntó luego su padre de camino al campo–, qué va a decir el señor cura.

–Fue sin querer, padre– se disculpó Martín.

Su padre le miró entonces severamente, como si por culpa de su hijo peligrase el honor de varias generaciones que habían venido haciendo aquel trabajo por el mero orgullo de las cosas bien hechas y los pocos celamines de trigo que les llevaban tras la siega sus vecinos. Como si la reputación de “Los Campanos” estuviese en juego por aquel chaval enamorado.

–Martín, Martín– musitó amenazante.

II Toque de ánimas

Cuatro mayos llevaba ya de novio con Andrea el año de la sequía. Fue tan mala aquella cosecha que ese mismo verano comenzó el éxodo: casi todos los jóvenes y hasta algunos de más de cincuenta, decidieron emigrar a la ciudad. Unos fueron a la más cercana, otros a cientos de kilómetros. Decían que allí se necesitaban todas las manos y que había tierra donde construir viviendas. La familia de Martín se resistía, pero el padre de su novia se lo estaba pensando.

Martín había tenido suerte y estaba de jornalero en la finca grande, una de las pocas de la comarca que algo había salvado. La hija del señor se acercaba por allí a caballo, y en seguida fue evidente para sus compañeros que le hacía gracia Martín. La señorita María Isabel era casi tan alta como él y tenía la piel muy clara y las piernas largas.

–Qué suerte tienes, Campano –le bromeaban sus compañeros cada vez que ella desmontaba para tontear un rato con él y él se sentía halagado. Un día ella lo oyó y se interesó por el porqué de aquel mote, y Martín se lo explicó.

–Esta noche, el de ánimas se lo dedico a usted –prometió luego mirándola con descaro–. Escúchelo, ya verá como al final las campanas cantan su nombre.

A las nueve o las diez se tocaban las ánimas. Don José decía que era para que cada uno recordase a sus difuntos y rezase por ellos, pero para los vecinos era la señal de que había que recogerse a cenar. Los niños que en verano jugaban en la calle salían corriendo a casa al oírlo y ver a una moza acompañada después de las ánimas daba lugar ya a todo tipo de comentarios.

–Ayer tocaste para otra– dijo Andrea al día siguiente cuando fue a rondar su casa–. Las ánimas, las tocaste para otra.

Él le mintió. Su hermano estaba haciendo el servicio militar y semanas después él debía incorporarse. Sólo su padre y él se repartían el trabajo en el campanario aquel verano.

–Si no toqué yo– contestó con falsa naturalidad–, fue mi padre.

Ella le miró entonces con aquellos ojos color miel que le llenaban la cara y él se dio cuenta de su error. Sabía que no soportaba la mentira y que distinguía perfectamente quién tocaba, hasta cómo estaba de cansado o de alegre aquel día le decían las campanas a Andrea. Conocía sus nombres, había aprendido todos los toques y las había tañido ella a escondidas. Y todo lo había aprendido de él y le conocía.

Martín podría habérselo contado en ese momento: una tontería, solo cinco toques con el esquilón que la hija del señor ni había escuchado, pero se empeñó en seguir adelante, en negarse a reconocer la verdad y mostrarse a la defensiva.

Aquel día se enfadaron por primera vez. Ella estaba segura de que él iría a explicárselo y a disculparse por haberle mentido y él pensó que ya se le pasaría. Los dos dieron por supuesto que cuando hay amor hay tiempo, pero pasaron los días y de pronto era ya la mañana en que él debía incorporarse a filas y no se habían reconciliado. Tocó para ella el alba y se marchó, convencido de que le esperaría. A ella le había costado mucho conciliar el sueño y no oyó aquel amanecer las campanas, y cuando regresó Martín, casi dos años después, Andrea y su familia ya no estaban. Volverá, pensó, y esperó. Poco después alguien le dijo que se había casado.

III

Toque de ausencia

El metal campana es una mezcla de cobre y estaño, un bronce con la proporción justa para hacerlo especialmente duro y sonoro. También se usaba para fabricar cañones, por eso los artilleros que conquistaban una



plaza tenían el llamado "privilegio de campanas": se podían quedar con todas las de la ciudad.

Todo esto se lo contó cuando era un chaval, un maestro campanero que iba por los pueblos con sus moldes y herramientas para refundirlas, porque las campanas también se desafinan. Van perdiendo musicalidad y sonando más ásperas con el tiempo y hay que volver a hacerlas. Muchos años después de que se lo contaran, Martín pensaba que estaría bien que, de la misma manera, alguien nos fundiera de nuevo cuando vamos sonando tristes y opacos, cuando llevamos ya demasiados golpes de badajo encima.

Un invierno murió su madre y al otoño siguiente Tomás, el otro vecino que quedaba en el pueblo. Lo encontró en su cama tras un día entero sin verle e imaginó que a él nadie le echaría de menos en semanas. Al principio en verano alguno volvía, a visitar a los viejos que se habían quedado. Luego estos habían ido muriendo o sus hijos se los habían llevado con ellos, y las casas iban muriendo también poco a poco: los tejados cedían al abandono y algunas calles estaban invadidas por la vegetación. Cuando dejó de acudir un cura joven a decir misa los domingos y vaciaron la iglesia, Martín pensó que tal vez se llevarían más tarde las campanas. Sin embargo no sucedió y él intentó conservar al menos la torre, hasta cambió las tejas con el peligro que aquello conllevaba.

Cuando se quedó solo aún andaba por los cuarenta y tantos, pero ya había decidido quedarse. Cada semana bajaba a Cerezos a comprar y a tomar unas cervezas, y muy de vez en cuando se acercaba también a la ciudad, siempre por algún motivo ineludible o a visitar a su hermano. La cosecha la vendía bien y tenía pocos gastos, no le preocupaba salir adelante ni la falta de algunas comodidades que nunca había tenido y tampoco extrañaba la compañía humana. Se defendía diciendo que le gustaba esa vida, Y era cierto, pero en el fondo de su alma sabía que si se quedaba, era porque pensaba que Andrea volvería. No echaba de menos

a la gente; solo a aquella chica menuda de ojos grandes y risa sonora, y por eso cada atardecer subía a la torre y tocaba a ausencia. Era un redoble íntimo, triste y lento como los días y los años sin ella.

IV Toque de júbilo

Era junio y amenazaba tormenta cuando volvió Andrea.

Diez días antes ella había aparecido en el pueblo para enterrar a su padre que, aunque a sus noventa años llevaba más de treinta sin pisarlo, había insistido hasta el último momento en que le enterrasen allí. Un primo que vivía en la comarca se había encargado de todo y avisó a un cura y al enterrador. Martín se asomó cuando vio los coches aproximarse, bordear la chopera y dirigirse al camposanto. No estaba abandonado el cementerio, ya se encargaba él de vez en cuando de cortar las malas hierbas y las raíces y poner flores a los suyos.

Andrea iba del brazo de una mujer joven y tenía el pelo corto y gris y los mismos ojos color miel. Era otra, pero a la vez era ella. Cuando al fin reaccionó, Martín se acercó a expresarle sus condolencias.

—Cuánto tiempo— dijo ella, y él podría haberle detallado los años y los días—, ya me han contado que sigues aquí. Estás loco, Martín.

Él estuvo tentado de explicarle que no, que no estaba loco, que tenía una vida a su medida, que la esperaba y que todos los días tocaba a ausencia. Pero no se atrevió. Sólo le cogió la mano, le susurró una fórmula de pésame y luego la miró a los ojos.

—Perdona— dijo entonces sin pensarlo, más de cuatro décadas después, y sintió como ella se estremecía.

Andrea volvió un día de junio en un taxi. Martín estaba cocinando y se sobresaltó al oír el ruido.

–Hola, Campano, he venido a verte– dijo y él la invitó a comer y le temblaban las piernas mientras acababa el guiso.

Ella le contó que nunca fue feliz con su marido, pero hasta que no se separó su hija al poco de casarse, no imaginó que ella pudiera hacerlo. Le explicó que su hija les había observado el día del entierro y le había preguntado quién era. El único hombre que he querido en mi vida, había pensado Andrea, pero respondió que sólo se trataba de un amor de juventud. Su hija le animó a visitarle y ella se rio.

–Tú estás loca– había dicho entonces, y sin embargo aquella mañana había cogido el tren hasta Cerezos y allí estaba.

Él la escuchaba como si fuera una aparición y la observaba comer y sonreír para convencerse de que era real.

–Ven– le dijo de repente y ella le siguió, y atravesaron la plaza desierta y subieron al campanario y tocaron a júbilo, el toque más alegre, el de las fiestas grandes.

Acabaron exhaustos y casi se van los dos detrás de la grande al voltearla, que ya no tenían tanta fuerza, pero Martín descubrió que ella todavía se reía a carcajadas y que se acordaba de los repiques y de los nombres de las campanas.

V

Tocar a muerto

Una mañana Andrea no se despertó. La tarde anterior habían estado recogiendo tomates y luego ella hizo una tortilla y cenaron y vieron una película. Luego se besaron, se acostaron abrazados y ella ya no despertó.

Hacía mucho que había muerto Tomás, pero Martín no lo había olvidado: nueve toques con la Santa María, una pausa y dos golpes más para

anunciar que la fallecida era una mujer. La única mujer, An-dre-a, gimió luego, por última vez, la campana pequeña.

La enterraron en el pueblo porque así lo quiso su hija. Todo el mundo se fue con prisa al salir del cementerio, no sin antes intentar persuadirle de que a sus años ya no podía quedarse allí solo y convencerse de que no se iría.

Esa tarde Martín subió a la torre y volvió a tocar a ausencia. Llevaba quince años sin hacerlo, desde que ella volvió. Luego por el valle se extendió, sólo un día después, el toque a muerto: nueve tañidos, una pausa y otros tres, porque esta vez las campanas doblaban por un hombre. Cuando acabó de tocar se asomó por el hueco de la Esperanza y se dejó caer.

TORPE RITMO DE CAMPANA

Cristina García Morales

Creímos que la quiebra de la empresa de mi madre lo aceleraría todo; que la subasta del piso sería rápida, que tendríamos que mudarnos en cuestión de un mes. Lo creí sobre todo yo, porque en Civil nos enseñan que el Derecho está para proteger al propietario y que el propietario siempre tiene prisa, que esa prisa es legítima y valorable económicamente. Pero aquí seguimos.

Cuando la empresa de mi madre quebró hace dos años las cuotas de la hipoteca de mi piso se dejaron de pagar. Mi casa-despacho es un tercero espectacular en Plaza Nueva con un balcón que enmarca la Torre de la Vela, el punto más elevado de la Alhambra, antiguo bastión vigía, primero de moros y luego de cristianos, que alertaba a la ciudad de Granada haciendo repicar su campana de bronce. En ese salón recibo a los clientes.

Un tercero en Plaza Nueva es un exceso para una recién licenciada con apenas dos años de experiencia en la empresa de mi madre. Pero ella nunca escatimó en gastos conmigo, es de un entusiasmo contagioso: me vio ganar dos juicios y me regaló el piso. Todos los clientes me los derivaba mi madre, pero aparte de eso y del mucho o poco talento que yo tenga, el éxito del despacho se debe, en primer lugar, a la casa, a la casa-despacho, al piso. El piso es una depuradora de clientes, y nunca mejor dicho, porque después de un par de años todos mis clientes eran clientas. Al principio era reacia a pensar que el ambiente era "femenino", que el espíritu de una mujer con pantorrillas duras, sonrisa presta y portapapeles vagaba por el despacho como un fantasma, recordándole al cliente en qué dominio se encontraba. Ese dato me lo hizo ver Loli. Yo me había esforzado por crear un espacio lo más aséptico posible para atraer a todo tipo de personas. Aséptico, pero no minimalista, no nórdico. Aséptico amable, respetando la solería centenaria, respetando la forja blanca, los geranios de la fachada que compartía con los vecinos. Un despacho de abogados no debe ser un escaparate. Yo hice de mi despacho el recibidor de un hotel. Un sitio en el que el cliente puede tener la seguridad de que, si paga, puede quedarse a dormir. Pero parecía que eran pocos los hombres que querían quedarse a dormir conmigo. Loli dice que el balcón con vistas a la Torre

de la Vela y a los juzgados repele a los hombres porque es una conjunción armónica infalible que se abarca de un solo golpe de vista. Es un golpe de vista en los huevos. Ellos no se dan cuenta, es un mecanismo inconsciente, pero, según Loli, la simbología de la Torre de la Vela no les deja indiferentes: cada 2 de enero se conmemora en Granada la reconquista de la ciudad por parte de los Reyes Católicos y cada 2 de enero, desde ese año de 1492, es tradición que las mujeres solteras suban a la torre y tañan la campana para conseguir novio. Pero tú, para ellos –siguió diciéndome Loli– eres una soltera orgullosa y una pija que se come el mundo porque mamá se lo da a cucharadas. No tienes ningún mérito para ellos. Lo único que mereces es que te follen, quieren llevarte a rastras a hacer repicar la campana, a que ruegues por tener un hombre cerca que te meta en cintura, pero a los cinco minutos de conversación, cuando se han dado cuenta de que no eres tonta, están ya tan intimidados que ni lo intentan, que ni aunque tú se lo propusieras aceptarían, con todo lo cual te has convertido en una perfecta puta. Eso me decía Loli y yo la miraba con una ceja levantada, pero, fuera como fuera, el caso es que conseguí un espacio seductor, democrático, donde venían más pudientes y menos, de un corte político y de otro, pero todas, todas, todas mujeres.

Yo no busqué este ginocentrismo, al principio incluso me molestó, pero como lo que mejor funciona en este negocio es el boca a boca, supongo que tras conseguir unos cuantos divorcios desproporcionalmente beneficiosos, tras meter en la cárcel a dos maltratadores y, sobre todo, después de ese laboral en el que les conseguí a seis embarazadas dependientas de unos grandes almacenes unas indemnizaciones millonarias por despido improcedente, se corrió la voz. Lo de las embarazadas salió hasta en la tele, me esperaron las cámaras a la salida de los juzgados. Yo no soy feminista, lo que no quita que si se me ataca, ataco. Nunca planteé una defensa o una acusación desde la debilidad de mi clienta por ser mujer, nunca fundé mis argumentaciones en las recentísimas reformas legales y no por un convencimiento político mío. Simplemente porque la plana judicial la integra un ochenta por ciento de hombres y si una, de entrada, llega llorando sus derechos de hembra, se predispone al reaccionarismo al juez y a la parte contraria, casi siempre, como el juez, macho.

La experiencia me dice que es más eficaz evidenciar el machismo del otro que reclamar lo que por tías nos corresponde. El feminismo como colofón, no como principio.

Mi madre había avalado su empresa con el piso de Plaza Nueva. Cuando las cosas empezaron a pintar feas le pedí que revocara ese aval, que pusiera el piso a mi nombre. Aunque yo no ganaba lo suficiente para pagar las escandalosas cuotas de la hipoteca siempre podría renegociarla, ampliarla veinte años más, o podía ser la testaferra, poner el nombre y no el dinero. Intenté por último comprarle al banco la deuda, subrogarme en la hipoteca, ser la acreedora de mi madre. No se trataba ya sólo del aval que recaía sobre el piso lo que lo encarecía, sino una docena de gravámenes más. Aluciné: mi madre había usado el piso de Plaza Nueva como agujero negro para las trampas de la empresa. Era hasta la garantía de un carguero de lencería de lujo. ¿Desde cuándo trabajaba mi madre con barcos? ¿Desde cuándo con ropa interior? Me eché a reír en el registro de la propiedad.

Contraté a Loli a los tres años de abrir. Podía permitirme una secretaria. Dada la fama que se estaba forjando el despacho, consideré la posibilidad de hacer el guiño de contratar a un hombre. Durante unas semanas jugueteé con la idea de subordinar a un tipo guapo, soltero y mayor que yo. Que las clientas comentaran en la sala de espera el pibón que se había buscado la abogada. Sonaba divertido, pero me habría acabado cansando de jugar a la dominatriz. Precisamente por la fama del despacho y de la cual llegado un momento ni podía ni debía evitar, poner a un hombre a mis servicios, feo o guapo, joven o viejo, se habría convertido en un símbolo, en una reivindicación, y eso iría en contra de mis intereses. Un abogado no debe ser justiciero.

Loli sí es reivindicativa. Se lo puede permitir porque es graciosa y al despacho le sienta bien, le da color. Es beneficioso porque a su lado yo represento la prudencia, la profesionalidad por encima de cualquier causa. Loli se toma mi labor de defensa de mujeres como un desafío al sistema

desde dentro del sistema y está orgullosa de trabajar para mí. Ella, a mi lado, representa la conciencia, la legitimidad, la razón última de emancipación y eso insufla un ánimo combativo en mis clientas, incluso en las menos feministas, incluso en las conservadoras. Loli me las espolea, me las vuelve colaboradoras, me las hace firmar la hoja de encargo sin rechistar.

Un día Loli me vio llorar. Estaba en la cocina calentándome algo para cenar cuando por primera vez fui plenamente consciente de que había agotado todas las posibilidades de salvación del piso. Me sobresalté cuando llamó a la puerta y entró sin yo haberle dado permiso. Me preguntó y se sentó a mi lado. Cenamos juntas. Agradecí su presencia.

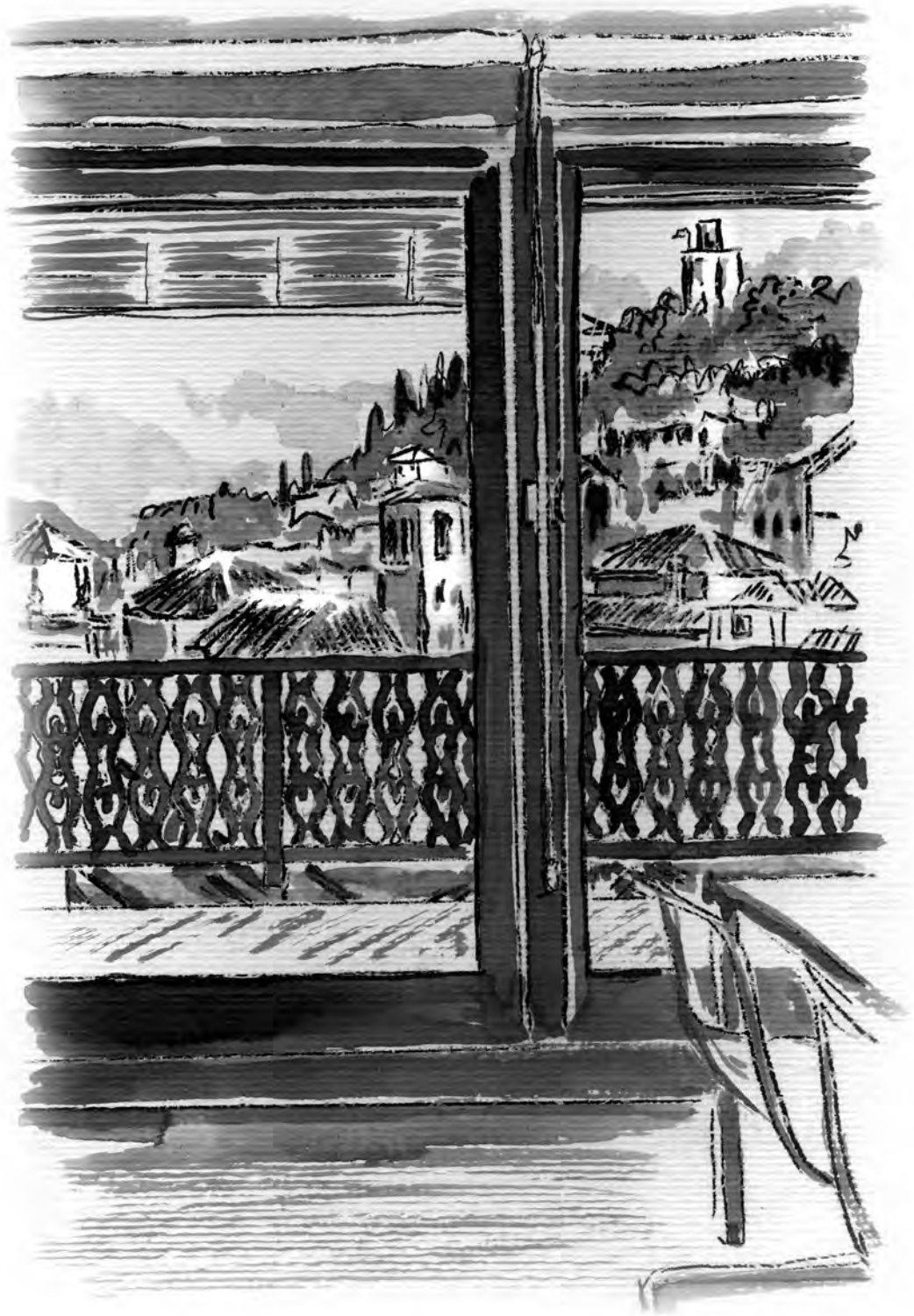
Llegó la carta que fijaba la fecha del juicio emplazándome como posible parte interesada. No soy propietaria porque el piso no está a mi nombre, tampoco soy inquilina porque no pago alquiler (también intenté convencer a mi madre de redactar un contrato de alquiler con fecha ocho años atrás, para por lo menos tener los miserables derechos de un inquilino, pero ni eso). Soy una mera ocupante. Mi madre ni siquiera se personó. La jueza del juzgado número dos es colega desde la facultad, estaba dos cursos por delante de mí, y casi me tutea en la sala –Huelga decir que no necesita asistirse de abogado ni de procurador porque veo que se asiste usted a usted misma, así que simplemente le diré que no se moleste. No tiene ningún derecho sobre el bien.–

Por entonces Loli ya se encargaba de la casa. Se ofreció para cocinar y limpiar tres veces a la semana a cambio de un plus. De entrada le dije que no porque me preocupaba que aquello pudiera distraerla del trabajo, de su verdadero trabajo, que hacía de maravilla, pero ella insistió en que la pusiera a prueba. Las dos quedamos contentísimas. Al poco, Loli ya no volvía a su casa para almorzar. Tras un mes se echaba la siesta en el sillón y cuatro meses después ya vivíamos juntas. La habían desahuciado de su apartamento y por venirse a vivir conmigo empezó a cobrar la mitad y a ayudarme a pagar las facturas.

En cuanto supimos que la subasta pública sería a principios de marzo, Loli y yo nos pusimos a buscar piso. Según los plazos procesales y dándole mucho margen a la lentitud de la justicia, tendrían que habernos echado como muy tarde en tres meses. Ya habíamos elegido un piso en Camino de Ronda lo suficientemente amplio como para dividirlo en vivienda y despacho. Habíamos acordado con la casera empezar a pagar en mayo y habíamos dado la fianza. La búsqueda y el regateo de los pisos y sus mejoras eran para mí la vida de estudiante que nunca había vivido. Loli convirtió lo que yo afrontaba como un trauma que había que superar, en una aventura de la que saldríamos fortalecidas y más independientes, y era una fiera negociando: comunidad incluida, calefacción y agua caliente incluidas, calefacción no incluida, pero cincuenta euros menos al mes, nos pinta las humedades, nos arregla las persianas, nos cambia la grifería, si no cien euros menos, tenemos beca y nuestros padres nos ayudan con lo que pueden, somos estudiantes de doctorado, de magisterio infantil, sí, nos gustan los niños, los niños son nuestra pasión, sí, sí, queremos tener hijos, sí, tenemos novio, pero en el pueblo, somos de La Alpujarra, ¿no se nos nota el acento?

Era mayo y Loli y yo encaramos los últimos dos meses de vida en Plaza Nueva deportivamente, despegándonos del lugar, condenando la melancolía. Empecé a simplificar la redacción de los escritos. Mis demandas y querellas, que yo siempre había configurado como cartas de amor al juez, se convirtieron en exigentes telegramas. Mis defensas en arrogantes puestas en ridículo de la contraparte. En los juicios me volví cínica y agresiva, me permitía ironías, me remangaba la toga. Ante las llamadas al orden del juez, resoplaba. Empecé a perder pleitos y a acostarme con Loli.

Maltratábamos el piso de Plaza Nueva. Teníamos los platos sin fregar durante días, no ventilábamos después de las fiestas, si se derramaba una copa no secábamos el parqué y la madera se hinchaba, ni limpiábamos las tapicerías y dejábamos el cerco. Tendíamos las bragas en las puertas y freíamos el hilo musical a rocanrol. Era junio y tenía-



mos empaquetada la mitad de la biblioteca y de la vajilla cuando el funcionario vino con la notificación. Loli me la trajo brincando al salón de la Torre de la Vela, al que ya no le limpiábamos los cristales. Abrí la carta excitadísima de sabernos oficialmente expulsadas, oficialmente enviadas a nuestra nueva vida, escribiendo en mi mente las líneas de lo que estaba a punto a leer: *sus enseres serán arrojados y usted será lanzada el día...* Loli y yo habíamos fantaseado con la posibilidad de dejar correr la fecha para hacer que la policía forzara la puerta y nos desalojara, y estaba ella hablando de las cadenas que iba a comprar y de los amigos a los que iba a llamar para que se atrincheraran con nosotras mientras a mí me cambiaba el color de la cara: no nos echaban. La subasta tenía que repetirse porque no se había informado en tiempo y forma al propietario, es decir, a mi madre. El secretario del juzgado no había andado fino y el abogado de mi madre había recurrido. Lo llamé directamente a él (con mi madre ya no me hablaba) y me dijo que había sido él personalmente quien me había echado un capote por el precio que me tenía, que de haber sido por mi madre la subasta habría seguido adelante incluso a pesar del error procesal. Así ganas tiempo y eso que te ahorras en meses de alquiler, me dijo. Por lo menos diez meses más entre que se fija nueva subasta, se celebra, se ejecuta, se recurre (y él estaba dispuesto a recurrir otra vez si hacía falta), se resuelven los recursos, se fija fecha de lanzamiento de ocupantes, se te da audiencia (y él me recomendaba recurrir la fecha de lanzamiento de ocupantes con la excusa de tener que buscar piso, lo cual me daría hasta mes y medio más), se levanta acta de ocupación y todo eso con agosto inhábil de por medio y con la acumulación de trabajo que lleva el servicio de notificaciones y embargos. Colgué el teléfono y rompí a llorar de espaldas a la reluciente campana de bronce. Perdíamos el piso de Camino de Ronda porque no podíamos permitirnos perder la oportunidad de dejar de pagar diez meses de alquiler, porque la casera de allí no nos iba a reservar el piso durante diez meses y por supuesto, perdíamos la fianza. Loli rodeó la mesa y me abrazó. Pisos como el de Camino de Ronda hay miles en Granada, me dijo, encontraremos otro igual o mejor, me dijo, pero pisos como éste no hay ninguno en el mundo. Alégrate. Somos las okupas más pijas de la ciudad.

Estos últimos meses han sido de tensión contenida, o casi siempre contenida, por Loli. Fue ella quien impuso el toque de queda ante el desmadre. Así lo llamó, desmadre. Entendí el exacto significado de la palabra y bajé la cabeza. Me hizo arreglar la zona de recepción de las clientas tal y como estaba en los buenos tiempos y me hizo arreglarme a mí misma. Cortarme el pelo, maquillarme con discreción, subir el escote, bajar los tacones. Me corregía los escritos antes de imprimirlos para presentarlos al juzgado. Cuando lo descubrí me enfadé, saqué todo mi orgullo profesional, la llamé inconsciente, analfabeta, puta, y estuvimos una semana sin hablarnos. Cuando nos reconciamos tuve que admitir que sus correcciones eran certeras.

En estos meses de que nos echan o no nos echan no vamos a poder ampliar el negocio, eso está claro, pero sí al menos podremos asegurarnos unos clientes fijos que llevamos al despacho nuevo. Eso dice Loli con toda la razón del mundo. No podíamos dejar de trabajar, tenía razón Loli. Hasta me apunté al turno de oficio. Y debíamos empezar a abrirnos a los hombres, no estábamos para especializaciones. Teníamos que echar las cortinas del balcón con vistas a la Torre de la Vela para que su femenina campana, ese clítoris de bronce siempre listo para ser tocado y emitir su gemido, no intimidara a los hombres. Debíamos moderarnos un poco. No hay nada de malo en eso, es una estrategia empresarial. Qué razón tiene Loli y qué bien ha hecho en bajarse el escote y subirse los tacones.

Estamos en el noveno mes de los diez de nuestro cálculo y volvemos a ser las que éramos. Vuelvo a planear con mis alas de relativismo sobre la faz de versiones de la realidad. Soy yo la que seduce y no se deja seducir. Vuelvo a invitar al cliente a quedarse a dormir y lo consigo. El turno de oficio me está abriendo nuevos campos profesionales, me está poniendo en contacto con nuevos perfiles de clientes, me está enseñando la cara más sórdida del oficio y además tenemos la suerte de que la mayoría de los asistidos por el turno de oficio son mujeres (por lo que sociológicamente se llama “feminización de la pobreza”). Últimamente he llevado un tráfico de drogas y una violación. Cuando entran en el piso de Plaza

Nueva se quedan impresionadas, el lujo les inspira confianza o, lo que es todavía mejor, temor. Volvemos a escuchar pacientemente las historias y a tomar nota tanto de los hechos relevantes como de los irrelevantes, volvemos a consolarlas cuando lloran, volvemos a decirles que en nosotras tienen unas amigas y que esos cabrones (si el tono de la conversación lo permite digo literalmente cabrones) van a pagar caro el martirio que les están haciendo pasar.

La notificación del lanzamiento de ocupantes llegó hace una semana. Aunque no fija la fecha porque de eso se encarga otra sección de los juzgados, nosotras ya hemos empezado la mudanza a otro piso que llevamos pagando desde noviembre. Está en Arabial 220. Yo no me imaginaba lo larga que era la calle Arabial hasta que empecé a pateármela con Loli. Llevamos ya dos meses pagados aunque no vivamos allí, pero nos compensa porque podemos ir llevando tranquilamente nuestras cosas los fines de semana y las tardes flojas, sin que la mudanza interfiera en el trabajo, que no nos sobra precisamente. Nuestro cálculo de diez meses tiene toda la pinta de convertirse en once. Con la Navidad de por medio es posible que nos montemos en enero, aunque no sería la primera vez que se notifica un embargo el día de Nochebuena.

Loli y yo estamos bien, nos lo tomamos con calma. Hemos dejado para el final la mudanza del despacho y así poder seguir recibiendo clientes hasta el último momento. A la entrada, a la sala de espera, al baño pequeño, al despachito de Loli y al salón de la Torre de la Vela no les hemos quitado ni un tornillo. En cambio, la parte de la vivienda está vacía. Sólo conservamos la televisión, un sofá, la cama con un par de juegos de sábanas, unas toallas y unos pocos cacharros para la cocina. Nuestra ropa anda metida en maletas o extendida en las sillas. Hoy es sábado dos de enero y la campana de la Torre de la Vela repica sin parar desde las nueve de la mañana. Loli y yo observamos a las chicas desde el ventanal desprovisto de cortinas, con los cristales fríos por el invierno sin calefacción que nos estamos pegando. Envueltas en una manta y sentadas en el suelo, encendemos el primer cigarrillo de la mañana y nos dejamos

hipnotizar unos momentos por la oscilación de la campana y por su man-
tra imperfecto, el sonido y el eco del bronce a trompicones, dependiendo
de la fuerza y el entusiasmo de cada soltera. Sin ningún romanticismo,
pero también sin melancolía alguna, miro a Loli. Loli suelta el humo y
también me mira, y nuestros ojos aún adormilados dicen que esa campana,
con su torpe ritmo, está doblando por nosotras.

BIG BEN

Fernando Martínez López.

Londres, 1859

A Edmund Beckett Denison le habían confirmado que el arquitecto de la Torre del Reloj, Augustus Pugin, había acabado completamente loco debido al agotamiento y a la presión por finalizar su obra. No le extrañó; la última vez que lo vio poseía la misma mirada de un desahuciado por una enfermedad terminal. Edmund se estremeció con el escalofrío, porque lo de Augustus Pugin podía tratarse de un contagio. Ahora, él mismo era quien temía caer en brazos de la demencia, como si lo que rodeara a la construcción de la emblemática torre estuviera afectado por una maldición. Desde que le encargaron el diseño del magnífico reloj que habría de presidirla, había puesto toda su ilusión en perfilar detalladamente poleas, engranajes, cojinetes, ejes, palancas, muelles y trinquetes, dibujándolos con exquisitez, realizando el cálculo de tamaños y pesos con precisión matemática. Pero hacía cinco años que el reloj estaba listo y el desdichado de Pugin sin terminar la torre donde ubicar el magnífico artificio, con sus cuatro caras de siete metros de diámetro apuntando a cada uno de los puntos cardinales y su enorme campana de bronce y estaño; cinco años de espera en los que había combatido el tedio y la impaciencia introduciendo múltiples mejoras en su funcionamiento hasta obtener un reloj sin igual. Pero lo que nunca hubiera imaginado era lo que había ocurrido con su última y reciente modificación...

Sí, acabaría loco, como el pobre Augustus Pugin, maldita torre, maldito reloj y maldito Londres embebido en niebla sucia. A la mañana siguiente, 7 de septiembre, su obra maestra debería comenzar su incesante tic tac en el seno de la torre y ya no quedaba margen para deshacer los últimos cambios. Guardaría el secreto, no se lo diría a nadie, sería demasiado peligroso. En todo caso, si el mecanismo de relojería era tan perfecto como creía haber conseguido, tal vez nunca se dieran cuenta.

Edmund Beckett Denison sacudió la cabeza como para espantar un mal sueño. Luego se deshizo de la ropa, se colocó el camisón y se arrodilló junto a su cama cerrando con fuerza los ojos, rezando devotamente para que Dios le perdonara por haber contravenido las leyes por Él dictaminadas.

Londres, 1889

A Timothy Watchmaker se lo llevaban los diablos. En esos momentos y con los aguijonazos del alcohol en sus venas, no hubiera dudado en rajar el vientre a quien se le pusiera por delante. ¿Cómo podía haber sido tan estúpido? Un farol, Jeremiah Swindler lo había desplumado con un burdo farol y él había picado como un pececillo alevín, maldita sea. No había sido capaz de ver la última mano, cuando hacer frente a la apuesta de Swindler le hubiese supuesto hipotecar su propia casa. Ahí le palpitó el corazón, se le encogió el estómago y le temblaron las manos, el sudor hizo amalgama con el humo del tabaco para darle a su piel una pátina de miedo. Sí, Timothy Watchmaker, has tenido miedo y el canalla de Jeremiah te ha birlado todos tus ahorros con una ridícula pareja de cinco, una porquería frente a tu trío de reyes. Eso le había dolido y mucho, pero lo que le retorció las tripas era la sonrisa burlona de Jeremiah Swindler, esos dientes picados en donde podía leerse con claridad “eres un imbécil”.

Timothy Watchmaker bajó por Belvedere Road y tomó Westminster Bridge para llegar a la torre. La brisa fría del Támesis le fue haciendo consciente de su deber, de que ya tocaba darle cuerda al Big Ben, el reloj de cuatro caras más grande del mundo y cuyos cuartos hacían vibrar la ciudad entera con un pasaje de El Mesías de Haendel. Inició la subida de los más de trescientos escalones con parsimonia de borracho, deteniéndose de vez en cuando para recuperar el resuello, contener la náusea y de paso maldecir la sonrisa podrida de Jeremiah Swindler. Cuando llegó a la cámara que albergaba el mecanismo del reloj se sintió tan angustioso que decidió subir a la planta superior y asomarse por una de las ventanas ojivales para que el aire de las alturas ayudara a evaporarle el alcohol. Ni siquiera el espectáculo grandioso que le ofrecía la vista de pájaro sirvió para aliviarle el resquemor por la partida de póquer. En lo único que reparó fue en el agente de Scotland Yard que perseguía por Bridge Street, silbato en boca, a un individuo de chaqueta bermellón al que reconoció enseguida, imposible olvidar una chaqueta tan horrorosa. Aquel tipo había estado presente en la timba, seguramente se había reído

de él tanto como el propio Jeremiah cuando se le quedó cara de lelo y le volaron los ahorros, así que se jodiera si la policía lo pescaba a saber por qué clase de fechoría.

Vamos, Timothy, dale cuerda de una vez. El reloj era conocido por todos como Big Ben, cuando en realidad este era el nombre de su gran campana, 13,8 toneladas de bronce y estaño, pero Big Ben ya era la acepción metonímica para todo el conjunto, incluso para la torre que diseñara aquel arquitecto cuyo nombre no recordaba, pero que acabó listo para ingresar en el manicomio. Bajó de nuevo los escalones, venga, sí, dale cuerda, dale cuerda. Pero lo único que sentía Timothy Watchmaker era el ácido en el alma, el deseo de venganza, culpar a la humanidad por su fracaso con los naipes. No tuvo claro por qué lo hizo, quizá el alcohol, quizá la rabia contenida, el caso es que vomitó ambos haciendo lo que no debía: en lugar de girar con ímpetu la manivela que alimentaba la cuerda del reloj, se dirigió hacia una de las ruedas dentadas, levantó el anclaje y retrasó en quince minutos la hora. ¿Te sientes mejor, Timothy "El Estúpido"? ¿Qué tal ahora que no te queda ni un penique en los bolsillos, tus ahorros de años dilapidado en un tapete verde? No, no notaba alivio alguno, pero que se jodiera todo el mundo rigiéndose por una hora falsa en el Big Ben, lo mismo que él estaba jodido hasta el tuétano. Ascendió de nuevo las escaleras, volvió a asomarse por la ventana sintiendo la cuchillada del viento frío y miró a la lejanía del suelo. Te van a despedir del trabajo, Timothy Watchmaker, hoy lo estás bordando, vas de tontería en tontería. No era capaz de percibir el alcance de sus acciones, había entrado en un estado de rigidez similar al de las gárgolas de la catedral. Fue entonces cuando algo capturó su atención, una escena que se le antojó repetida: un agente de Scotland Yard, silbato en boca, perseguía a un individuo con horrible chaqueta bermellón. Le extrañó sobremanera que en la persecución, ambos hubieran rodeado la manzana recreando una situación gemelar con la vivida momentos antes. Pero no sólo eso, lo curioso era que todos los demás elementos del paisaje callejero se le antojaron idénticos a como los tenía fotografiados en su memoria. No, no puede ser, Timothy, has bebido demasiado y pésimo whisky de garrafa, tus sentidos



te desvirtúan la realidad. Pero cuando se comete una estupidez tras otra, una más deja de tener importancia, de modo que el relojero del Big Ben volvió a atrasar las agujas de las cuatro esferas de forma simultánea y recuperó su posición en la atalaya privilegiada. Fue entonces cuando se pellizcó la piel, porque de nuevo el policía y el perseguido recorrieron de forma idéntica la acera de Bridge Street. ¿Qué clase de burla demoníaca era aquella? Era imposible lo que acababa de presenciar, pero tantas veces como retrasó el reloj así se repitió la persecución. Esto es de locos, no se puede manipular el tiempo, me han vertido alucinógeno en la bebida para engañarme, para robarme mis ahorros, sí, eso debe de ser, qué si no.

El relojero se acurrucó en un rincón y se balanceó con las rodillas atrapadas por los brazos, estupefacto por los acontecimientos. Ni el frío ni la humedad parecían afectarle, aislado en una burbuja de sensaciones que lo mantuvieron ausente del mundo. No fue sino cuando llegó la anochecida que una luz se encendió en su cerebro. Manipular el reloj, manipular el tiempo, unos ahorros que vivían ahora en el bolsillo equivocado... ¿Y si...? Sería cuestión de retrasar unas cuantas horas el Big Ben, regresar al tugurio, repetir las jugadas, llegar a la última partida y tener los cojones suficientes para, ante la cara incrédula de Jeremiah Swindler, decir que sí veía su apuesta, que se jugaba su casa para hacerle frente. Timothy comenzó con una tímida sonrisa, luego sus labios se curvaron como una catenaria y por último rompió en carcajadas que nada tenían que envidiar en volumen a las campanadas que remedaban *El Mesías* de Haendel. Venga, es tu oportunidad, no te rajes ahora, son sólo unas horas que pueden cambiar tu destino aciago, sí, cambiarlo, y a partir de ahí, dueño del mundo, porque nadie, absolutamente nadie, conocerá tu secreto. Se sentía poderoso, notaba que el oxígeno inundaba de energía su cuerpo con cada inspiración y que el aire de Londres le pertenecía. Cuando salió de la Torre del Reloj con unas cuantas horas restadas al tiempo, los dados del destino ya estaban arrojados.

La timba se desarrollaba en un cuartucho de Burrell Street. Qué sensación tan extraña sumergirse en una realidad ya experimentada, como releer la página de una novela, y Timothy Watchmaker revivía el ambiente

turbio de luz ceniza, el aire denso y nicotínico, el whisky barato, los cuatro jugadores simétricamente dispuestos alrededor de la mesa circular y algunos ociosos, entre ellos el de la fea chaqueta bermellón, que no tenían mejor manera de gastar el día que observar los entresijos de la codicia humana a través de una baraja de naipes. A Timothy le embargaba una extrañeza difusa, como de estar dislocando el orden natural. Se desarrollaban las partidas calcadas a las acontecidas horas atrás en otra dimensión temporal que quizá ya hubiera dejado de existir. Bueno, ya no hay marcha atrás y si he cometido pecado alguno qué más da que lo siga cometiendo y sonreía, sonreía de una forma siniestra, primero tú, Jeremiah, luego iré deshaciendo los nudos del tiempo para volver a atarlos según mi conveniencia.

No le iba mal la timba al relojero hasta que alcanzaron la última, él con su trío de reyes y el despreciable de Jeremiah Swindler con su raquítica pareja de cincos. Había llegado el momento decisivo. Los otros dos contendientes se habían retirado, asustados por la indecente cantidad de dinero que se amontonaba sobre el tapete. Los mirones se asomaban como al borde de un precipicio, atronaban sus corazones casi tanto como el de los dos duelistas con sus cartas en las manos, pistolas de papel a punto de disparar.

–Veo tu apuesta y la subo –dijo Jeremiah Swindler.

Timothy no dejaba de asombrarse del aplomo de su rival, viejo tahúr de dientes podridos, sobre todo ahora que sabía que en sus manos sarméntosas sólo tenía como armas un par de asquerosos cincos. Bien, Timothy, ahora es cuando realmente debes cambiar la historia, fuera ese miedo que te encogió el estómago y volvió trémulas tus manos, muestra valor y júégate tu casa, ya no te quedan billetes que poner sobre la mesa.

–Pongo en juego mi casa. Con eso cubro sobradamente tu apuesta.

Por un momento pareció que el tiempo se detenía, qué ironía para Watchmaker ahora que él podía manejarlo a voluntad. Los contendientes,

los ociosos, hasta el humo del tabaco pareció quedar en suspenso esperando la reacción de Jeremiah Swindler. Ya no mostraba la misma seguridad, se le fue eclipsando el brillo de la mirada y se le descolgó el cigarro de la boca, balbuceó como un niño delatado tras una travesura. Cuando levantaron las cartas, Timothy no cabía en sí de gozo por la presa conseguida, por no haber perdido sus ahorros, pero sobre todo por haberle restregado en pleno rostro su revancha al desconcertado Jeremiah, revancha por unos hechos que para el tahúr nunca habían sucedido. ¿Dónde está ahora tu sonrisa sucia? El relojero rebañó billetes y monedas, se llenó los bolsillos y abandonó el antro maloliente con la euforia escrita en su rostro. Muy bien, mister Watchmaker, has rematado la faena con sangre fría, has levantado la admiración de contrincantes y curiosos, el primer paso en tu nueva vida de la que vas a tener un control casi absoluto.

Hacía frío en Londres, una brisa afilada que había arrastrado la niebla fuera de los dominios del Támesis y mostraba un cielo acerado y desabrido. Sin embargo, para Timothy Watchmaker nunca Londres había estado bañado por una luminosidad tan bella. Canturreaba mientras caminaba hacia la Torre del Reloj, recorría calles y doblaba esquinas, hasta que en la última se le plantó de frente aquel tipejo de chaqueta bermellón. No le dio tiempo a reaccionar, notó la perforación metálica de la navaja en su vientre, la rápida sustracción de su dinero y los pasos del individuo alejándose hacia un destino incierto, o quizá no, porque mientras al relojero del Big Ben se le esfumaba la vida, escuchó el silbato inconfundible de un agente de Scotland Yard y entonces supo que pronto perseguidor y perseguido pasarían junto a la Torre del Reloj por Bridge Street, y también sospechó, y eso fue lo que más le hirió, que cuando horas antes los vio desde lo alto de la torre, el policía acosaba al tipo que probablemente había atacado a Jeremiah Swindler para robarle el botín conseguido en la timba de póquer.

EL MANIK
Concepción Miralles

Hubo un antes y un después en nuestra casa tras el nacimiento de mi hermana Helia. Lupe llegó poco después de este suceso. Mi madre lloraba a todas horas y mi padre no sabía cómo consolarla y entretanto la casa y las niñas apenas éramos atendidas.

Nuestra madre miraba a la nueva criatura de carita de luna y ojos achinados con extrañeza y la trataba con impropio desapego. Su corazón no parecía sensible a los afectos que precisaba aquel ser tan frágil que había llevado en su vientre durante nueve meses, e ignoro bajo qué mecanismos psíquicos, pero era como si, para no ver lo que tenía frente a ella, hubiera levantado a toda prisa un muro de piedra delante de sus ojos. Se sumió en una melancolía tan profunda que el hombre de su vida, sus hijas y los asuntos más cotidianos dejaron de ser para ella algo de su incumbencia. Nos convertimos a sus ojos opacos, en un pequeño grupo de seres extraños que andaban sin ser vistos por el alma en pena en que se había convertido, y por mucho que intentáramos aproximarnos a ella con todo el cariño, no encontrábamos la receptividad que esperábamos del otro lado.

Los médicos lo llamaron depresión y aseguraron que se le iría pasando conforme aceptara la discapacidad con la que había nacido la niña. "Es una reacción de rechazo" –dijeron. Le recetaron tantas pastillas que andaba como sonámbula, sin poder organizar y resolver las cuestiones más elementales del día a día, ni siquiera para ocuparse de sí misma. Olvidaba levantarnos para ir al colegio, las horas en las que tenía que amamantar a la pequeña, cerrar los grifos, los fuegos o las puertas... Y hasta dejó de hablar, sumiéndose en un lugar donde las palabras parecían estar ahogadas. Nada le preocupaba, alegraba o interesaba y, sobre todo, le agobiaba que la molestaran pidiéndole cualquier cosa, que, por sencilla que fuera, se sentía incapaz de resolver.

Hablaron de ingresarla, pero papá se negó. Estaba desesperado.

A falta de alguna persona cercana de la familia que pudiera echar una mano en tales circunstancias, mi padre, que por motivos de trabajo pasaba

muchos días fuera de la ciudad, angustiado por la urgencia de resolver la situación cuanto antes, buscó la ayuda de una mujer que apoyara a nuestra madre y que pusiera de nuevo orden y estabilidad en las rutinas perdidas y, como el destino suele tener buen oído cósmico y ser generoso en los momentos más difíciles, a nuestra casa llegó Lupe como caída del cielo.

A pesar de que era primavera, o tal vez por eso, el día de su llegada se había desatado en la ciudad una lluvia imprevista que la sorprendió sin paraguas de camino a nuestra casa. Al abrir la puerta, junto a una ráfaga de aire puro y limpio y la visión de un incipiente arco iris al fondo, apareció una mujer de mediana edad con una amplia sonrisa que iluminaba su rostro y quitaba seriedad a sus ropas enteramente mojadas y a su penoso aspecto.

Mi padre la invitó a pasar a la habitación de las niñas para cambiarse de ropa.

A las cosas hay que darles sólo la importancia que tienen, ni más ni menos –dijo mientras se secaba, y esa fue su primera enseñanza. Mojarse con el agua de lluvia es dejarse impregnar por los dones del cielo. Es algo natural y muy lindo de sentir. ¡Pero las niñas deben abrir sus paraguas para no coger un resfrío! –añadió para dejar las cosas bien claras, ante nuestro infantil desconcierto, no fuéramos a confundirnos...

Al frotar su pelo con la toalla cayó al suelo el colgante que pendía de su cuello. Lo cogí para dárselo, pero me detuve un instante contemplando la extraña inscripción grabada en una antigua pieza de cobre.

–Es el manik, la mano que espera y ofrece –dijo. Es mi símbolo maya. Lo grabó mi abuelo para mí cuando cumplí los quince años.

Yo la observaba con asombro. Lupe era una mujer singular en forma y maneras. Su pie izquierdo tenía una deformidad que le provocaba una pequeña cojera. Sus ojos eran profundamente negros, tan brillantes que parecían alojar dentro dos brasas encendidas, pero sobre todo me habían

impresionado la tranquilidad y seguridad que demostraba ante las inclemencias del tiempo y la nueva vida en la que aterrizaba.

Cuando se enteró de los detalles de la misma se le iluminó la cara y en vez de amilanarse se santiguó dos veces. *¡Virgen santísima, Cachita de mi corazón!, esto es una señal* –dijo. Por eso y por las especiales características de Helia, a quien tendría que cuidar y querer como si fuera su propia hija, hizo la íntima promesa de no dejarnos hasta que nuestra madre se recuperara y pudiera darnos a todos el cariño que tanto necesitábamos. *En esta casa lo que está dañado es el corazón de la patrona* –afirmó.

Desde que mi madre cayera en el estado de letargo en el que se mantenía, con sus emociones anestesiadas y hasta que volviera a ser la de antes, pasarían casi tres años. Estoy segura de que fue Lupe quien obró el milagro de su recuperación. Creo que es a ella y a su sensibilidad e imaginación a quien debemos su retorno.

De Lupe supimos, porque era locuaz y le gustaba hablar de ello, que había llegado de El Cobre, un poblado muy cercano a la capital de Cuba, a Estados Unidos primero, y después que alguien le ayudó a arreglar sus papeles para cumplir el deseo de venir a España. Desde que tuviera uso de razón le obsesionaba la idea de regresar a la tierra de sus antepasados y estaba muy orgullosa de haber conseguido cumplir su deseo. Una vez en España decidió quedarse, por su estricto sentido del orden y por una especie de principio elemental de justicia que la regía. Para ella, si había un lugar para cada cosa, antes o después ésta debía volver a su lugar. Estando en España, estaba en su casa.

Según contaba, su abuelo había sido minero en Orense y emigró siendo muy joven a Cuba en busca de mejor fortuna para trabajar de lo que siempre había hecho, de minero. En las minas de cobre necesitaban gente que supiera el oficio y allí progresó al menos para tener casa propia y poder formar una familia sin que faltara en la mesa el sustento cada día. Con el tiempo, él y su hijo, el padre de Lupe, tuvieron su propio taller de fundición, así que la niña aprendió desde pequeña a valorar las cualidades

de las cosas y de las personas aplicando el estándar de las propiedades que conocía de aquellos metales gracias a los cuales vivían.

No se había casado por cuestiones de fondo y forma, según llamaba enigmáticamente a los reveses amorosos que había sufrido en su vida y sus personas más queridas ya no estaban, por eso el día en el que cerraron definitivamente la mina, en 2001, Lupe decidió que había llegado el momento de poner en su sitio cada cosa. Cogió una maleta y se marchó para fundir el futuro con el pasado y encontrar lo que ella llamaba su propia materia y el auténtico sentido de su vida.

Lupe tuvo el tacto que le brindaba su espíritu dúctil y sensible y enseguida supo cómo reorientar el desastre doméstico en el que se había convertido nuestro hogar. Se ocupó de que nuestra madre se sintiera tranquila y segura y cuidó de todos nosotros, en especial de la pequeña Helia, con tanto empeño que sólo le faltó tener leche en sus pechos para colmarla en todos sus menesteres.

Helia, además de ser una niña de especiales características, había nacido con una malformación en su corazón, una arritmia que impedía que sus latidos marcaran el compás como era debido, lo que requería frecuentes visitas a médicos y hospitalizaciones que todo lo complicaban mucho más aún. A Lupe le preocupaba esta dolencia de la chiquilla, pero a diferencia de otras opiniones ella afirmaba que la solución no estaba sólo en la cirugía, sino en conseguir que los corazones de madre e hija se sincronizaran. *¡Virgen Cachita de la Caridad! ¿Cómo va a funcionar bien ese corazoncito si el de su mamá no late para él?*

Nuestra hermana pequeña era tardía y lenta para los aprendizajes y algunos estarían para siempre muy lejos de sus posibilidades. Cuando comenzó con las primeras palabras tropezó como si fuera un pedrusco en la sencilla planicie de su camino con la pronunciación de la “r”, tan estrepitosamente que no era capaz de decirla ni en su forma suave. Por esta peculiaridad de su habla y por sus ojos achinados Lupe la llamaría a partir de entonces *Latoncita*.

–¿Por qué Latoncita?– quise averiguar–.

–Según cómo se mire– respondió–, el nombre de Latoncita es un buen nombre para Helia. Primero porque así sería cómo ella diría "Ratoncita" y segundo porque el latón, aunque no es en apariencia tan valioso como otros metales, como el oro o la plata, tiene sin embargo cualidades que lo hacen ser también muy importante.

–¿Ah, sí?¿Cuáles?– pregunté–.

–Por ejemplo– dijo–, al ser su precio mucho más económico los objetos de latón están al alcance de todo el mundo y los hay muy bonitos porque el latón es de color amarillo y brillante como el oro, por eso se utiliza mucho en decoración y bisutería. ¡Cuántas mujeres que no pueden comprar oro se ven tan hermosas gracias al latón! ¿No es eso dar felicidad de alguna manera? Y además... ¡también se usa para hacer barcos e instrumentos musicales!

¡Qué más quieres, Latoncita! ¡¿Ves lo valiosa que eres?! –le dijo a la pequeña haciéndole cosquillas y provocando sus carcajadas.

Luego, más seria y reconcentrada, mirando su pie deforme, Lupe concluyó su reflexión sobre los metales nobles y secundarios diciendo: yo también soy como tú, Latoncita. De latón, tú y yo.

A veces una palabra que a una persona le es indiferente puede resonar en el interior de otra con tanta fuerza que mueve los engranajes de su voluntad atrofiada. Más o menos eso sucedió, porque algo de la sencilla explicación de Lupe, que mamá escuchó muy atenta desde su atalaya en el sillón de la galería, la movilizó.

Al día siguiente mamá le pidió a Lupe que buscara sus agujas de tejer y sus lanas y retomó con una nueva labor uno de sus entretenimientos favoritos, cosa que a todos nos alegró mucho. Se trataba, además, de una prenda para la pequeña de la casa. A partir de ahí, Latoncita empezó a aproximarse a la burbuja en la que estaba atrapada nuestra madre. Al menos, la mujer atrapada en su interior ya podía verla y acercarse a ella para tomarle medidas y continuar con acierto su labor.



Las noches que no estaba nuestro padre en casa, Lupe se encargaba de acostarnos y de contarnos el cuento de los buenos sueños. Era esa una costumbre de los mejores tiempos de mamá que él se esmeró en continuar, a la espera de que ella volviera algún día a recuperarla. Nuestro padre confiaba en que esto ocurriría más pronto que tarde.

Con Lupe entendimos que nuestra madre era mismamente igual que las princesas encantadas de los cuentos de hadas. Sólo necesitaba las palabras mágicas pronunciadas en el momento oportuno, el beso de los labios de la persona indicada, la llave de oro -o de latón- capaz de hacer girar la cerradura de su mutismo, el objeto mágico que obrara el milagro de romper el hechizo de su frialdad... Porque así, con el lenguaje y misterio de los cuentos de hadas, era como nos explicaba nuestra cuidadora a Laura y a mí lo que le ocurría a mamá. Las razones maravillosas que ella nos daba pacificaban nuestros terrores infantiles y nos llegaban más que las incomprensibles palabras que le escuchábamos decir a nuestro padre: Síndrome de Down, crisis de ansiedad, sentimiento de culpabilidad, enajenación mental, trauma emocional...

Lupe nos implicó desde el principio en la gran misión de salvar a nuestra princesa encantada. Laura y yo seríamos algo así como sus ayudantes; Helia tendría otro papel, que al principio no estaba muy claro, pero que poco a poco se fue perfilando como el de la verdadera protagonista en la sombra. Hacía falta poner imaginación y tener mucha paciencia hasta conseguir dar con todos los elementos que necesitábamos en nuestro cuento, pero sobre todo mantener viva la fe en que esto ocurriría tarde o temprano.

A mamá le gustaba el momento de los cuentos. Siempre en silencio y como indiferente, absorta en ese plano de su existencia al que no podíamos acceder y con la mirada perdida en algún punto de un vacío inexpugnable, mamá acudía cuando Lupe lo anunciaba. Se sentaba en el sillón de mimbre, al lado de la ventana y simplemente escuchaba.

Quizá porque ella procedía de una cultura sabia y guardiana del poder de sus tradiciones orales, Lupe intuía que allí, en aquellos cuentos que

ella contaba por las noches, había senderos de luz hacia el amor, puertas secretas de entrada al mundo de los sueños desde las que tal vez, si se encontraba por la adecuada, se podría encontrar la armonía perdida en el otro lado.

Igual que Sherezade en el cuento de Las mil y una noches, Lupe inventaba para nosotras una historia que cada noche dejaba incompleta para mantener vivo nuestro interés y poder continuarla a la noche siguiente.

Nuestra madre era puntual a la cita, a la que acudía con su labor.

Érase una vez, una reina encantada a la que una bruja malvada y envidiosa de sus virtudes y de su felicidad le hizo un horrible maleficio, congelando su corazón. La pobre reina no podía sentir alegría ni amor por nadie ni por nada. Por lo mismo, su sonrisa también había desaparecido de su bello rostro y la reina se había convertido en una mujer muy triste y distante para todos...

Desde nuestras camas escuchábamos cada noche con verdadera expectación el relato de Lupe y cada noche ella avanzaba un poquito más la historia, a la que iba añadiendo otros personajes y pequeñas pistas que daban alguna posible esperanza para aquella reina buena del cuento y para las personas que la querían.

No recuerdo bien, pero en el cuento que inventó Lupe no hubo príncipe amoroso con beso en los labios que levantara el hechizo, porque ella no creía en amores así, pero por una razón convincente y definitiva el corazón de la reina volvía a palpitar y a dar calor a todos los demás corazones entristecidos del reino por su causa.

Mamá tejía y tejía, y cuando nos vinimos a dar cuenta, la misma noche que la reina del corazón de hielo se salvó, ella había terminado una preciosa chaqueta de lana de color azul para Latoncita.

Fue ella, nuestra madre, quien la tomó en sus brazos para probársela y ya dentro de ellos la acarició, le cantó, la acunó y la besó hasta que la pequeña se quedó dormida, tan cerca de su pecho que los dos corazones, el de Helia y el de mamá, fueron un mismo latido.

Conservo el colgante de Lupe, que antes de marcharse me regaló. Es un recuerdo que me acerca a ella y a su enorme generosidad. El manik, la mano que espera y ofrece.

SOBRE PRUDENTES Y MONOS

Mario Alberto Pavone

1

Fueron tan, pero tan fuertes los golpes que le dieron a la puerta, que el joven doctor Charboneau se puso de pie con tanta velocidad, que el libro abierto que reposaba inocente sobre su cuerpo dormido, salió eyectado para terminar en el suelo. No le hizo falta abrir la puerta para oír los gritos desesperados: ¡Se muere, se muere la niña, doctor, se muere la niña!

Charboneau se vistió tan rápido como pudo y el último zapato se lo terminó de calzar fuera de casa: "Olvidé el maletín" dijo el médico. Como el joven lo vio sobre la mesa respondió "Yo se lo llevo, doctor". Con el último zapato ya puesto y a la carrera preguntó al muchacho: "¿Dónde está?", y el joven respondió: "En el hotel". Salió corriendo, al llegar a la esquina dobló a la izquierda cuando oyó el grito del muchacho que corría por detrás con el maletín en la mano: "¡A la derecha, al hotel!".

Charboneau volvió sobre sus pasos y siguió al muchacho que al ir directamente por el rumbo correcto se le había adelantado. "Espero que no sean demasiado severos conmigo por esta equivocación", pensó. Médico nuevo en el primer llamado. No era imposible que por cosas como esta dijeran del profesional recién llegado: "No sabe por dónde va".

El joven lo llevó deprisa a la cocina, apenas entraron vieron al cocinero con las manos ensangrentadas y un cordero exangüe sobre la piletta. "Arriba, en las habitaciones", dijo el cocinero con la mano extendida mientras goteaba sangre en el suelo.

Al subir las escaleras se orientó por los gritos desgarradores de una mujer que lloraba en una habitación. Apenas entrar, Charboneau le quitó el maletín de las manos al muchacho y fue a ver a la niña que estaba en la cama. Habría tenido unos diez años, estaba tumbada boca arriba y le habían aflojado el vestido, estaba pálida e inconsciente. El doctor preguntó su nombre y la llamó: "¡Colette!", le dio unos golpes en la cara y le tomó el pulso...no sentía nada... Charboneau continuó, puso su oído en el

tórax, no escuchó la respiración ni el corazón. Abrió los párpados y vio las pupilas dilatadas, casi no había dudas: Estaba muerta.

2

Lo había tomado por sorpresa, pero poco a poco, el médico comenzó a controlar la situación. Había mucha gente dentro del cuarto. “¡Por favor afuera!”, ordenó el joven profesional con voz energética y las personas comenzaron a salir.

Abrió el maletín y sacó un espejo. Se acercó a la niña, lo puso debajo de su nariz y esperó, a ver si se empañaba, pero nada. Pidió una vela, la encendió con una cerilla, la acercó a la boca y miraba con atención la llama, a ver si se movía, pero nada. Abrió otra vez los párpados, acercó la luz a los ojos por si se contraían las pupilas, pero estaban fijas. Sacó el estetoscopio del maletín, comenzó a auscultar el corazón pero notó que el ruido le impedía concentrarse, miró hacia atrás y vio la puerta abierta. “Cierren la puerta y hagan silencio”, dijo con autoridad. El doctor continuó auscultando con los ojos cerrados mientras que, con las dos manos apretaba los auriculares.

Luego de haber pasado diez minutos en esa posición, lo interrumpió una pregunta con tono apresurado que rompió el silencio: “¿Va a tardar mucho?”. El médico abrió los ojos y dirigió su mirada poco amistosa a quien le había preguntado y le dijo: “¿Y usted quién es?” y le respondió: “Soy el dueño del hotel”.

Charboneau recién había acabado la carrera, no tenía experiencia pero si los conocimientos teóricos muy frescos: “Debo auscultar veinte minutos seguidos” y luego agregó, “por lo menos”...

Volvió a concentrarse y empezó de nuevo, veinte minutos...pero nada... Miró otra vez a la niña y comenzó a realizar maniobras para objetivar la rigidez cadavérica, pero la niña no la tenía. Se alejó de la cama y con la mano en el mentón pensaba y pensaba... ¡Pobre doctor Charboneau!, lo peor que le puede pasar a un médico...tenía dudas...

3

Abrió la puerta, vio unas quince personas y preguntó: "¿Cómo ocurrió?". Nadie contestaba por que de manera insistente la madre preguntaba "¿ha muerto?, ¿ha muerto?". Y el dueño del hotel con similar insistencia "¿cuándo la sacan de aquí?, ¿cuándo la sacan de aquí?"

"¡Silencio!", dijo el doctor para luego dirigirse con delicadeza a la madre: "Me estoy ocupando de su hija, señora, tenga paciencia y espere". "¿Alguien puede decirme que pasó?", dijo mirando al grupo. El cocinero secándose las manos todavía sangrientas en el delantal tomó la palabra: "Estamos esperando un grupo grande de viajeros, por eso se contrató más gente para el fin de semana, entre ellas, la madre de la niña para que ayudase en la limpieza, pero pronto se distrajo y salió a jugar afuera. Entró rápidamente al patio justo cuando estaba matando al cordero, me vio de frente, el cuchillo lo había clavado en el cuello y el cordero balaba y movía las patas. La sangre caía por el cuchillo, corría por mis manos y goteaba sobre la tierra. Al vernos la niña palideció de golpe y cayó. La subimos a una habitación mientras lo llamaban a usted.

Charboneau terminó de oír el relato y se llevó las dos manos a la cara, no era lo que quería escuchar. Esto aumentaba sus dudas.

Miró a la madre y le dijo: "Su hija aún no está muerta, pero el proceso es irreversible. Mañana volveré a examinarla".

—¿Cómo que mañana?! —bramó el dueño del hotel...

4

Lo que le dijo a la madre no era del todo cierto, más bien algo que se dice en estos casos para ganar tiempo mientras se produce el único signo seguro de muerte: la putrefacción. Iría cada día a corroborarlo. Pero tenía presiones del hotelero.

Apenas salió del alojamiento, el joven médico fue a la casa de Didier Deschamps, el viejo médico del pueblo que ahora se jubilaría. La idea era que fueran a ver juntos a los pacientes durante el segundo semestre

de 1904, Deschamps ya quería estar retirado a comienzos de 1905. Pero en el invierno cogió una pulmonía de la que no terminaba de sanar y permanecía en cama.

Charboneau era un novato, con excelentes calificaciones, pero novato. Además era nuevo en el pueblo, recién llevaba tres días y reemplazaría al médico “de toda la vida”. No tuvo suerte en su primer caso. Un fallo en el diagnóstico y... ¡¡¡Enterraría a una persona viva!!!, esto acabaría con su carrera, con su trabajo y con su autoestima. No lo dudó y fue a ver al médico de más experiencia para comentarle el caso.

Deschamps lo recibió en el dormitorio, en cama y con ánimo de colaborar.

Charboneau le dijo que creía estar ante un cuadro de muerte aparente por catalepsia. Los médicos sabían que estos casos eran un gran problema. No era infrecuente al exhumar cadáveres encontrarlos en otra posición. En Londres y Massachusetts había asociaciones científicas que luchaban contra esto, pero no en Francia.

En los campos de batalla y en las epidemias era cuando más se producían, por falta de médicos que la diagnosticara y por las prisas para enterrar los cadáveres y evitar que contagiaran. Pero también eran frecuentes en accidentes por rayos, golpes en la cabeza, congelados, infectados y catalépticos. Deschamps quería ayudarlo, pero no podía moverse, de todas formas quedó disponible para cualquier consulta.

5

A las veinticuatro horas el doctor Charboneau regresó al hotel para examinar de nuevo a la niña. El examen no varió: No tenía signos de descomposición. El informe a los padres fue el mismo, regresaría a las veinticuatro horas. El dueño del hotel le habló aparte, le dijo que esperaba unos viajeros y que no querrían hospedarse si había un muerto en una habitación. El negocio no iba bien y era el primer contingente grande que esperaba. Le pidió por favor que firmara el certificado de defunción, así podrían proceder con el sepelio, pero el doctor le contestó: “El médico

prudente no es precipitado". El hotelero se enfadó y lo trató de manera descortés, le dijo que era un mal médico, que no podía dudar tanto y que después de esto debía olvidarse de ejercer su profesión en el pueblo. El descrédito sería tan grande que nadie lo visitaría.

Charboneau regresó a ver a Deschamps y le comunicó que la situación no había cambiado. Deschamps hizo un esfuerzo y se levantó. Insistió en ver a la niña. Corrida la voz de que Deschamps la examinaría, también fueron al hotel el cura, el comisario y el dueño del hotel.

El médico veterano entró a la habitación con su maletín y examinó a la niña: rostro cadavérico, enfriamiento general, no respiraba, no tenía pulso, no se oía el corazón, pupilas dilatadas, pero... sin rigidez cadavérica. Ambos médicos quedaron a los pies de la niña y comenzaron a hablar hasta que, viéndolos dudar, fueron interrumpidos por el dueño del hotel: "¿No pueden hacer otra prueba?".

En realidad podían. La arteriotomía consistía en abrir una arteria y ver si salía sangre. También podrían haber hecho una cardiopuntura, clavar en el pecho un alfiler largo y delgado, si quedaba inmóvil es que habían cesado los latidos del corazón, pero a riesgo de perforar el corazón.

Estaban también las medidas para "asegurarse": seccionar la carótida, atravesar el corazón o inyecciones de estricnina. Pero eran medidas "homicidas" y el médico no estaba para matar, sino para curar. La cremación ni se consideraba ya que peor que ser enterrado vivo era... ¡ser quemado vivo!

Ante tanta presión e incerteza, acordaron esperar veinticuatro horas más y hacer una arteriotomía pero, si era negativa, se firmaría el certificado de defunción.

6

Al día siguiente volvió el joven médico, la madre lo esperaba extenuada, sin dormir, volvió a examinar a la niña y los resultados fueron los mismos. Sin signos vitales pero sin rigidez ni signos de putrefacción. Sacó su caja quirúrgica, cogió el bisturí y cortó en la zona externa de la mu-



ñeca, separó los planos, encontró la arteria radial, no tenía pulso, la abrió, puso una cánula y esperó una hora, pero no salió ni una gota de sangre. Igual pensó que en situación de colapso la poca sangre que se movería iría a los pulmones y al cerebro, no a los brazos, pero ya no podía sostener más su tesis. De igual manera, se pasó las siguientes dos horas con el estetoscopio en el pecho de la niña tratando de escuchar algún latido, pero fue en vano. Para terminar se dijo: "Más vale tratar a un muerto como si estuviese vivo que viceversa" e intentó reanimarla, según la teoría. Friccionó con fuerza el cuerpo con aguardiente alcanforado. Procedió a realizar tracciones rítmicas de la lengua, le puso brandy en la boca y auscultaba si tragaba pero todo volvía por la misma boca y la nariz; pidió compresas calientes y las puso en el tórax y las piernas, pero no obtuvo nada.

Dudaba, seguía dudando, se lamentó que por haber traído la caja quirúrgica le había quitado espacio a otros elementos que hubiesen ayudado en la reanimación. Por fin, luego de ocho horas trabajando con la niña, extendió el certificado de defunción ante la tristeza de la madre y el alivio del dueño del hotel.

El joven médico no pudo dormir por la noche y se acordó que en Lille había un congreso médico y estaría el profesor Groussin, una de las máximas eminencias de la medicina francesa. Pensó que si enviaba un mensajero con una carta podía tener alguna respuesta antes de la sepultura. Y así lo hizo, la pregunta era una sola: ¿Había alguna manera científica de probar la muerte?

7

La ceremonia en la iglesia fue corta. El sacerdote, sabiendo de las dudas de los médicos, se ocupó en su oficio de tomar a la niña de la mano y decir su nombre fuerte cuando el discurso lo requería, por si despertase, según le había aconsejado un viejo cura que había vivido la epidemia de cólera de 1848.

Charboneau esperaba respuesta del sabio Groussin, pero el tiempo le iba en contra, esperaba que los sepultureros fuesen holgazanes, que no cavaran la fosa muy profunda, por si acaso, y la tierra, que contuviera terrones secos, así algo de aire permitiría entrar.

Mientras bajaban el cajón lentamente, a lo lejos vio llegar al mensajero a toda prisa. Con discreción se apartó del grupo y recibió la carta:

“Mi muy apreciado colega, valoro sus esfuerzos e interés por evitar la muerte aparente, verdadero flagelo de la humanidad. Ya sabrá usted que solo en Europa se calcula que en la era cristiana murieron en la tumba unas cuatro millones de personas e incluso ahora, al iniciar el siglo XX, permanecemos a oscuras en tales artes”. Charboneau no tenía tiempo, los sepultureros comenzaban a cubrir con tierra la tumba. El joven médico siguió leyendo deprisa:

“Como bien sabe, el único signo inequívoco de muerte es la putrefacción y en el último congreso de higiene se presentó el método del doctor Icard: la reacción sulfhidrica, que parece muy prometedor. La putrefacción comienza en los pulmones, son los que menos se enfrían y tienen aire. Por acción de las bacterias se producen compuestos sulfúricos. El método consiste en hacer reaccionar esos gases imperceptibles, fruto de la putrefacción, con metales en las fosas nasales. Debe mojar un papel en acetato de plomo, enrollarlo y ponerlo en las fosas nasales, si se vuelve negro, se habrá formado sulfuro de plomo y podrá confirmar la putrefacción, único signo seguro de muerte”. No le servía, no podía ir a la botica, continuó leyendo “Este mismo principio puede aplicarlo de manera más sencilla limpiando una moneda de plata y poniéndola en las fosas nasales, si se ennegrece es que se formó sulfuro de plata y hay putrefacción”. En un instante el joven médico vació sus bolsillos y solo encontró dos monedas de un franco, pero de cobre, comenzó a pedir monedas de plata, primero en voz baja y después a los gritos, interrumpiendo el momento solemne del entierro. “Shhhhh” se escuchó a lo lejos. Charboneau desesperado continuó leyendo: “Y si no tiene monedas de plata puede usar monedas de cobre, que con los sulfuros formará sulfuro de cobre y quedará como si la hubiese puesto al fuego”.

Sin perder tiempo, decidido, sacó las monedas y comenzó a limpiarlas, avanzó entre los presentes y se dirigió hacia la tumba a los gritos: “Deténgase, deténgase” ante el murmullo de la comitiva. El médico novato se tiro a la tumba y empezó a quitar la tierra con las manos hasta que

llegó a la madera, quitó la tapa, hizo una última limpieza de las monedas con la camisa y puso una sobre cada fosa nasal. Esperó treinta minutos y sacó las monedas tan limpias como las había puesto. Después de cuatro días debería haber reacción, ¡la niña estaba viva!, abrió su maletín y empezó la reanimación con todo lo que la ciencia médica podía ofrecer a principios del siglo XX. Le puso unas gotas de éter en los ojos, amoniaco en la nariz, comenzó a jalar la lengua con movimientos rítmicos que solo dejaba para preparar una solución de cafeína que inyectó directamente en la vena. La niña no reaccionaba, le abrió los párpados para ver las pupilas que seguían dilatadas aunque, los ojos estaban rojos ¡Había circulación!, con esto obtuvo la fuerza que necesitaba para continuar, puso más amoniaco en la nariz, masajé el pecho con aguardiente alcanforado e hizo una segunda inyección de cafeína, más tracciones linguales y nasales, puso cataplasmas de mostaza en las pantorrillas, empapó bolitas de algodón con éter y las puso en los ojos, con una pluma de ave hizo cosquilleos en la garganta, pellizcó la piel en las partes más sensibles y de repente, ¡la niña se sentó!, gritos de alegría y de espanto se escucharon en todo el cementerio. La niña inspiró con un ruido intenso y agudo para después espirar con cara de terror y decir: ¡¡¡Tengo hambre!!!...

8

Dicen los más viejos del pueblo, que la niña terminó de recuperarse con ventosas secas y lavativas que prescribió Charboneau. Cuentan además que el médico ejerció la profesión hasta los setenta años. A sus jóvenes residentes les decía que en estos tiempos, cualquiera, hasta un mono, diagnosticaba una muerte con un registro plano de electrocardiograma en la derivación D II.

También cuentan que la niña llegó a vieja y a veces se cruzaba con el doctor Charboneau y se saludaban, pero que quizás se habrían olvidado de aquello, ella porque era demasiado pequeña cuando ocurrió y él porque ya era demasiado viejo para recordarlo.

Por último, dicen los más viejos del lugar, que la última imagen que guardan del médico, es la de un anciano con sombrero, sentado en la mesa de un café, con una copa de coñac y sin dejar de jugar entre sus dedos...con una moneda de cobre...

EL GUARDIÁN DE BRONCE

Juana María Ruiz Aránega

Una vez al mes, acudían de visita a la fábrica donde David, de 40 años, era el director, a conocer y pasar la mañana, alumnos y alumnas de algún centro educativo. Aquel día en cuestión, se trataba de una clase de niños de cinco años, curiosos y ruidosos, que querían tocar todo y de los que había tenido que estar muy pendiente. Pero David se percató de que uno de los pequeños se pasaba todo el tiempo pegado a las faldas de su maestra, temeroso del ruido y de hacerse daño. En cierto momento, decidió que debía hacer algo para tratar de acabar con su miedo y desconfianza, ya que le despertó una ternura abrumadora la cara asustada del niño.

A media voz, como si estuviera compartiendo un secreto de suma importancia con él y que nadie más debía escuchar, inventó para él la historia de un guardián de bronce que vivía en la fábrica, el cual, se encargaba de proteger a las personas buenas y que vigilaba con especial cuidado a los niños para que no se hicieran daño. Le explicó que no se dejaba ver porque le faltaban unas alas de cobre que sólo se ganaría el día de su misión más especial, y porque los niños se asustarían de él y lo pondría muy triste que huyeran de su presencia cuando él sólo deseaba su amistad.

Consiguió el efecto deseado, al niño le encantó la historia y pasó el resto de la visita mirando con interés cada lugar de la fábrica esperando ver en algún momento al guardián de bronce y, a la vez, sintiéndose protegido y seguro de que no iba a pasarle nada, ya que aquel ser cuidaba de él. De vez en cuando, el niño lo miraba con sus ojillos rebosantes de ilusión y David le guiñaba un ojo para hacerlo sentir especial al ser el único niño que conocía la existencia del guardián de bronce.

Al final del recorrido, llegaban a una sala donde les dejaban un rato para que dibujasen lo que más les había gustado de la visita a la fábrica. David observó cómo el pequeño se dedicaba con verdadero esmero a su dibujo y, una vez que lo tuvo terminado, se acercó a él y tiró de su americana para que se agachase. El chiquillo puso ante sus ojos el dibujo, era el protagonista de la historia que había inventado para él: el guardián de bronce. De su imaginación el niño se había sacado un diseño con todo lujo de detalles en color marrón y dorado. Le dibujó un traje con broches y tapas, botas, guantes, incluso el rostro era una sintonía de los dos colores: los ojos

y la boca en color dorado, la nariz y el resto, de marrón. Sobre el guardián había pintado las amadas alas de cobre, tan cercanas y a la vez tan lejanas.

–Si ves al guardián de bronce– le dijo el pequeño con voz trémula–, ¿podrías entregarle mi dibujo y decirle que quiero ser su amigo?

–¿Cómo te llamas?– le preguntó David conmovido hasta la última fibra de su ser al escucharle.

–Alejandro– respondió el niño, –pero todos me llaman Alex.

–Cuando vea al guardián de bronce le diré que Alex quiere ser su amigo– le prometió.

El pequeño Alex se marchó aquel día llevándose un secreto y una ilusión que debía de acompañarlo siempre. David se quedó feliz y triste a la vez: feliz porque había conseguido que un chiquillo creyese en la magia, en lo fantástico, en lo imposible, en una ilusión y a la vez triste porque nunca cumpliría aquella promesa que acababa de hacer. Y sin saberlo, desde aquel día, David y Alex compartieron el mismo sueño.

Los años pasaron y David, que guardaba el dibujo que el niño le había entregado para dárselo al guardián de bronce como el mayor de sus tesoros, no volvió a ver a Alex en mucho tiempo. El niño se hizo adulto y, cuando contaba con veinticinco años, fue a la fábrica a pedir trabajo. Al principio David no lo reconoció, habían pasado veinte años sin noticias suyas. Apenas le echó una ojeada al curriculum, descubrió que aquel chico parecía haberse estado preparando toda su vida para trabajar en la fábrica. Había estudiado Ingeniería y Química y tenía un máster en cobre y sus aleaciones. A mitad de la entrevista, David estaba más que convencido de que aquel muchacho trabajaría con él.

–Dígame una cosa, ¿qué le ha llevado a querer dedicarse al mundo del cobre con tanto ahínco?– quiso saber David.

–Llevo veinte años preguntándome si el guardián de bronce ha conseguido al fin sus alas de cobre.

–¡Alex!

David no pudo contener las lágrimas de alegría al volver a ver al pequeño, al que, sin saberlo, había dado un sueño, se había convertido en

todo un hombre que no dejaba de soñar. Un sueño que era el secreto compartido mejor guardado por dos personas a lo largo del tiempo.

David estaba más que seguro de que Alex, no desde el principio, sino conforme iba creciendo, sabía que aquella historia y el guardián de bronce eran invención suya, que en verdad no existía. Pero el hecho de que su historia hubiese motivado al muchacho a prepararse para trabajar en el lugar en el que había encontrado, y de eso estaba más que seguro, su amigo más fiel, aunque nunca lo hubiese visto. Por un momento, sintió la tentación de decirle que el guardián de bronce no existía, pero decidió continuar con aquel juego, con aquel secreto que no causaba daño a nadie y, sin embargo, había unido a dos personas. Así que ninguno de los dos dijo nada al respecto. Al día siguiente, Alex empezó a trabajar en la fábrica, iniciando también una estrecha amistad que crecía y henchía de felicidad y orgullo el corazón de David, el cual no había podido tener hijos, aunque la presencia allí de Alex lo hacía sentir como si en verdad fuera el padre de aquel muchacho.

La vida seguía y el curso normal de los acontecimientos transcurría sin apenas darse cuenta. Al cabo de dos años de haber retomado aquella extraña amistad, Alex se casó y, un año después, nació su hijo, al que puso de nombre Jorge. David se convirtió, espontáneamente, en un abuelo más para el pequeño, ya que Alex lo involucraba de una manera natural en su verdadera familia, pues para el muchacho el hombre era como un padre. Y David se sentía encantado con aquella familia postiza que la vida le había regalado y que tantas alegrías le proporcionaban.

Sin embargo, dos años más tarde ocurrió una desgracia. Una mañana David se despidió de su amada esposa con un beso cargado de ternura y amor y marchó, como de costumbre, a trabajar a la fábrica. Al regresar a la tarde, la encontró tirada en el suelo del baño. Sin dudarle un momento, al primero que llamó fue a Alex. Fue el chico quien llamó a la ambulancia y salió a todo correr a casa de su mentor, llegando incluso antes que el personal sanitario. Cuando llegó a la casa lo encontró sentado junto al cadáver de su esposa, con la cara escondida entre sus manos. Los sanitarios certificaron el fallecimiento, que había sido debido a un infarto. Enseguida supo que al hombre le costaría vivir sin la persona que más había amado



y, al principio, no supo qué hacer para evitar que el hombre se sumiera en una profunda depresión.

La solución se le ocurrió un día que llegó abatido después de un duro día de trabajo, al ver cómo su amada familia conseguía levantarle el ánimo con su sola presencia. Le preguntó a su esposa qué pensaría si invitaba al señor David a vivir con ellos para que recuperase la ilusión. Su mujer, que sabía todo el cariño que se profesaban y que ella misma había visto nacer en sí misma hacia aquel bondadoso hombre, le dijo que pensaba que era buena idea. Fue mucho más difícil convencer a David, quien repetía una y otra vez, sin cesar, que sólo sería un estorbo para ellos y no quería ser una carga para nadie. Pero un día, el pequeño Jorge, que ya tenía dos años, le cogió de la mano y le dijo:

–Vamos a casa, abuelo.

El hombre se dejó llevar por el chiquillo y fue así como comenzó a vivir con la familia del niño que a los cinco años le había hecho un dibujo del guardián de bronce.

Al cabo de un tiempo, Alex le preguntó un día a David si podía compartir con su hijo, que por aquel entonces tenía cinco años, lo mismo que ellos compartieron cuando él tenía también cinco años, el secreto que sólo ambos compartían, el de la existencia del guardián de bronce.

–Me temo que voy a tener que decepcionarte –le respondió David–, no vas a poder compartir con Jorge ese secreto.

–Es que el niño tiene miedo cuando va a vernos a la fábrica –dijo con tristeza Alex.

–Lo sé –sonrió David–, por ese motivo, tal como hice contigo, le conté ayer que el guardián de bronce nos protege. Espero que no te moleste.

A Alex no sólo no le molestó, sino que entendió que David era la persona idónea, y realmente la única, que podía hablarle a su hijo del guardián de bronce para que al niño le naciera una ilusión, tal como a él le había ocurrido.

El tiempo pasaba, se les escurría entre los dedos, gozaban de la vida ya que la felicidad reinaba en sus corazones y pensaban que nada malo podía ocurrirles.

Pero un día, en un chequeo médico, a David le diagnosticaron cáncer. Todo su mundo, su felicidad, se vinieron abajo con el mazazo que supuso el conocimiento de aquella enfermedad que no tenía cura, pues le había hecho metástasis. Aunque lucharon con todas sus fuerzas y recursos para que el hombre saliese adelante, el cáncer era más poderoso y no podían ganarle la partida. Lo único que consiguieron fue que los días fuesen lo más hermosos posible para el hombre, para que el día de su partida se fuese con una sonrisa.

David aceptó la enfermedad de la manera más heroica posible: trataba de no quejarse aunque el dolor lo doblase en dos e, incluso, trataba de levantar el ánimo a su afligida familia postiza diciéndoles que ya era hora de ver a su difunta, añorada y amada esposa.

Alex, en verdad, no aceptaba que el hombre que era para él más que un padre, lo dejara. Un día, en su desesperación, decidió hacer algo para que su marcha de este mundo fuese lo más dulce posible. Quería que el hombre supiera todo lo que significaba para él y lo mucho que le debía, pues si había llegado hasta donde había llegado, sin lugar a dudas, se lo debía a David. Empezó a trabajar a escondidas en la fábrica cada noche, probando hasta conseguir diferentes aleaciones, hasta que tuvo aquellas que le servían para su proyecto. A veces tenía que parar durante un rato, sobre todo, cuando las lágrimas no le permitían tener la mirada nítida. Pero seguía adelante, pues el tiempo se le echaba encima y deseaba con todas sus fuerzas no llegar tarde para ver cumplido un sueño que había comenzado treinta años atrás.

Cada día se convirtió en una carrera con demasiados obstáculos. Sobre todo cuando a David tuvieron que ingresarlo y le comunicaron que se encontraba en la última fase de su enfermedad y sólo cabía esperar el fatal desenlace. A Alex le faltaban por ultimar unos pocos detalles de su proyecto. Durante seis meses había trabajado muy duro y casi sin descanso. Por un momento temió que no conseguiría que el hombre se fuera en paz, pues sabía que en el último momento le confesaría que tenía una espina clavada y él quería sacársela.

Llegó el fatídico día en el que David vio los brazos de su amada esposa tendidos hacia él, invitándolo a una eternidad juntos. Alex, quien la noche anterior había culminado su proyecto, se sentó a su lado y le cogió la mano.

–Alex –le dijo agonizante David–, quería decirte que eres para mí el hijo que nunca tuve y me voy tranquilo porque he podido comprobar durante años que te espera una vida feliz junto a tu maravillosa familia. Pero me llevo un gran pesar –al hombre se le humedecieron los ojos–. No he cumplido mi promesa de decirle al guardián de bronce que quieres ser su amigo.

–En verdad tengo que decirte algo– a Alex se le rompía la voz, pero sacó fuerzas de flaqueza–. Me considero amigo del guardián de bronce desde hace treinta años, así que anoche fui a la fábrica y, gritando para que pudiera escucharme desde el lugar donde estuviese escondido, le dije que tenía una misión muy importante que hacer, que debía acompañarte en tu último viaje y que, sin lugar a dudas, con esa misión tan especial conseguiría ganarse sus tan amadas alas.

–Pero tú sabes...

–Espera un momento –lo interrumpió Alex.

Alex salió y al cabo de unos segundos entró precediendo al robot que, durante seis meses, había estado construyendo para que el hombre al que tanto debía muriese en paz, sin ningún pesar.

David lo miró con ojos anegados en lágrimas, era como lo había imaginado durante tantos años, cada detalle era tal y como habían fantaseado. Hasta las alas eran como mil veces habían dicho que debían ser.

–Pero, ¿ya lleva las alas? –preguntó emocionado–. ¿Ya se las ha ganado?

–Ten en cuenta que ha de llevarte al cielo– las lágrimas corrían por sus mejillas.

–Gracias, Alex –dijo David en un susurro.

–Gracias a ti, David, mi guardián de carne y hueso.

David cerró los ojos en paz consigo mismo y con el mundo. En su rostro se dibujaba una sonrisa ligera, pues el hombre se había vuelto ligero para aligerar el peso al guardián de bronce en su misión de llevarlo al cielo.

VIAJE AL COBRE DEL FIN DEL MUNDO

Juanma Velasco

Chano era uno de esos gitanos patriarcales a caballo entre lo vulgar y lo sofisticado. El transcurrir le había hecho abdicar de su melena distintiva y en su sustitución un peinado payo encanecido le suavizaba unos ojos de antracita con los que arponeaba figuradamente a quien se atrevía a contradecirle.

Más de una vez, los arpones dirigidos a esos opositores de sus trágulas, no fueron tan figurados. Tras hombres como *Chano*, a menudo suele haber un sujeto multiusos con los escrúpulos en Afganistán, que se ocupa de provocar noches selectivas de cristales rotos y recogerlos después sin dejar fragmentos.

A sus cincuenta y ocho mantenía, o lo procuraba, la supremacía de la chatarra en Madrid y su área de influencia que en ocasiones llegaba hasta A Coruña. Vivía en un chalé fortificado en Puerta de Hierro, tenía dos Aston Martin, dos cabezas de león disecadas que compró a un furtivo profesional de Parla, una piscina con hechuras de mariposa aunque no supiera nadar, un televisor de cien pulgadas, una cadena de oro que jamás se despegaba de su cuello y la estampa de su virgen.

Apenas si tenía libros porque la precariedad en su escolarización no le daba para un nivel de comprensión compatible con la literatura. Le gustaba Lorca, pero más porque era granaíno, como él, que por sus poemas. Sin embargo, a fuerza de reiterarlo y recitarlo, cuando atravesaba por una mala tarde, para sobreponerse de algún mal trance, cogía el Romancero Gitano y declamaba en voz alta alguno de sus pasajes.

*Bañó con sangre enemiga
su corbata carmesí
pero eran cuatro puñales
y tuvo que sucumbir.*

Y así, a estrofas, especialmente e influenciado por su genealogía calé, las que aludían a reyertas y a desamores, se recuperaba para el optimismo y retomaba su condición de tiburón del cobre, que así le apodaban en el sector, porque aunque *Chano* fuera también otro mote, nadie, a excepción de los suyos, recordaba su verdadero nombre.

Pero *Chano*, por contra de lo que pudiera desprenderse de sus andanzas empresariales, no era amigo de mercadear con cobre de dudosa procedencia. Conocía tanto el mercado y las fuerzas colaterales que lo circunvalaban, incluidas las policiales, que no quería verse atrapado por un policia disfrazado de ladronzuelo de tendidos eléctricos.

Esa legalidad de la que se jactaba y que le había permitido sobrevivir treinta y seis años en el negocio sin mayores incidentes que dos juicios de rango menor de los que salió absuelto, le había empujado a abrir los codos en otros caladeros cupríferos con tal de mantenerse en lo más alto.

Pese a sus carencias culturales, *Chano* disponía de una locuacidad numérica que le venía de serie y con la que ridiculizaba a sus interlocutores, incluso si iban armados con calculadora. Esa habilidad y una intuición innata para olisquear el dinero y sus itinerarios más ventajosos, le habían hecho, además de un temible competidor, un mal enemigo si alguien se atrevía a jugársela.

No era la primera vez que volaba, pero tampoco más de la quinta. Y por supuesto la primera en la que su destino se situaba más allá de Europa. Y con escala, para más trauma.

Madrid-París. París-Kinsasa. Dos despegues, dos aterrizajes.

Superado el primer enlace, inmediato a iniciar el segundo de los despegues, el que le llevaría, si el pájaro de aluminio aquel no se caía, hasta la República Democrática del Congo, el *Chano* extrajo, del bolsillo trasero de su pantalón, fruncida y chuchurría, una estampita de la Virgen de las Angustias, patrona de su Granada. El gitano no se sabía ninguna oración en su honor, pero la manoseaba y le susurraba generalidades pseudoreligiosas sin que su vecino de asiento en aquella *First Class* se arrodase ante las supersticiones de aquel pasajero tan singular y tan infrecuente en aquella distinción del fuselaje.

—Bendita sea tu fe, benditos tus paisanos devotos aunque no visiten la Alhambra cada año...

Y frases parecidas. O con menos sentido incluso.

Chano tenía uno de esos sustos pertinaces que no se retiraban con un par de tópicos y un sorbito de agua. ¿Agua? Qué angustia volar sobre ella y morir en el fondo del mar.

—Que no, *Chano*, que la ruta es sobre tierra. Verás África si miras hacia abajo.

El vecino de aquel asiento-cama de cuatro mil euros el pasaje que le precisó al gitano cobarde el itinerario, respondía por Giulio Marcellus, un mulato decolorado que ni era blanco en Europa ni negro en África, un apátrida de epidermis, como solía chancear. Cuando el negocio de la chatarra comenzaba a adelgazar en Madrid y su España metropolitana, Giulio, hijo de italiana y congoleño, se presentó con oportunismo no buscado en el despacho de Chano procedente de alguna lluvia de ranas inconexa y le ofreció la posibilidad de extraer cobre en el antiguo Congo Belga. Pero no venía sólo con la cháchara bajo el brazo, sino que le aportó un proyecto sustanciado, minucioso y con los costes aproximados de lo que representaría extraer y comercializar cobre en el país originario de su padre, un ingeniero de minas que acabó obteniendo la nacionalidad canadiense cuando se fugó a Montreal con la sustituta de su madre. Diez años ya de este cambio de pechos cotidianos.

—Lo miraré con paciencia. Y con cariño de gitano —resumió *Chano* tras escuchar, sin apenas interrumpirlo, a aquel también ingeniero de minas de treinta y dos años que, aun siendo mulato, tenía la piel más clara que la suya y que mostró un entusiasmo expositivo sólido como una cuaresma.

Y lo miró, mejor hizo que se lo mirasen los suyos, sus especialistas, que él de África y de ingeniería sabía poco. Y como le convencieron los fines y los números y podía afrontar la inversión sin préstamos, al mes largo de la visita de Giulio, le citó de nuevo con la voz afirmativa de las mayorías absolutas.

Al *Chano* le gustaba por igual gastar que guardar. Y aunque gastaba mucho, guardaba más. Lo aprendió de su pare, el gitano más lustroso de

toda Castilla hasta que se le puso el hígado filamentosos y tuvo que morir sin conocer la eternidad a la que aspiraba.

En síntesis, el proyecto recogía la extracción del mineral, esencialmente calcopirita, en una mina a cielo abierto (en concesión), ubicada en Kolwezi, en el sureste de la RDC, el posterior transporte interno hasta la fundición para allí ser transformado en esos lingotes de cobre (blíster) para desde la propia fundición, transportarlos por ferrocarril hasta el puerto sudafricano de Durban, tras recorrer el extremo suroriental de la RDC y cruzar Zambia y Zimbabue. Casi 3000 kilómetros que, efectuados en un contexto de comunicaciones que poco tiene que ver con el europeo, llegaban a convertirse en odiseas no exentas de incidencias, anécdotas e incluso situaciones de riesgo.

Ocho horas después de la primera letanía del chatarrero, el pájaro tomaba tierra en Kinsasa - N'Djili sin otra novedad para el dúo que el sudor inagotable de palmas de las manos de *Chano*.

—Me cago en tus muertos, piel blanca. Si no fuera por este calor me quedaría a vivir aquí sólo por no tener que volver a volar.

Las ocho y diez de la mañana. Agosto, a finales. Estación seca en Kinsasa aunque las máximas rondasen los treinta grados al mediodía. No existían el invierno ni el verano en aquella inmediación de la divisoria de hemisferio.

Giulio sonreía divertido ante las ocurrencias verbales de su jefe, porque su jefe era. Si le había convencido para que realizara aquel viaje a la mina y a la fundición, se debió a que *Chano* andaba a arañazos emocionales con Macarena, su gitana de toda la vida, y le sugirió que le vendría bien un cambio de mundo.

—El Congo es lo más cercano a Júpiter que conozco.

Y no sin obtener algunos centenares de maldiciones afectadas, *Chano* acabó por aceptar con tal de poner distancia momentánea con las rugosidades de Macarena y a su vuelta ya se vería.

Giulio organizó el viaje con el mayor mimo logístico que supo a pesar de que previno a *Chano* de que cuando se viaja al África más autóctona, a esa África cercana al origen del hombre y a la línea del Ecuador, los imprevistos siempre suelen superar a los previstos.

Apenas descendido del avión y ya en el vehículo que debía transportarlos hasta uno de los afluentes del río Congo, el Kanai, la vía de comunicación más directa hasta la mina, todavía distaba dos días de viaje.

África, aquella África le olió a *Chano* a improvisación, a melocotones demasiado maduros, a sudor de uralita, a ese orinal que su abuelo vaciaba cada mañana. Quizá sólo fuera un asunto temporal, un asunto olfativo de aquel extrarradio donde la miseria ocupaba la parte alta del podio de los días.

Como si de un guía turístico se tratase, Giulio rememoró en voz alta las dificultades que habían tenido que superar para cumplir los objetivos de producir inicialmente 3000 t mensuales de cobre que incluían también el mineral adquirido en otras minas y el obtenido a través de los pequeños productores de la zona.

—¿Y por qué no extraemos todo el cobre desde nuestra propia mina? o ¿por qué no pedimos la explotación de otra? —se interesó *Chano* mientras la precariedad desfilaba por las ventanillas. Kinsasa si no infinita, sí se antojaba inabarcable, con todos aquellos chamizos desordenados flanqueando una ruta lujuriante en lo visual para los no iniciados.

—Además de para llevarnos bien con nuestros vecinos, de ayudarles a sobrevivir, para diversificarnos, para mantenernos fieles a tu precepto de no depender tan sólo de una fuente de alimentación primaria, máxime en un país como la RDC, donde el grado de incertidumbre en cada uno de los estadios del proceso productivo, vuelve de plastilina cualquier previsión —intentó justificar aquel ingeniero juicioso que acabó obteniendo el cabeceo aquiescente del empresario español que no apartaba sus ojos de los lindes de aquella carretera desmejorada de firme.

—El Congo es uno de esos países maltratados por la ocupación europea, en su caso le tocaron los belgas —se retomó Giulio—. Las potencias co-



Ionizadoras se preocuparon casi prioritariamente de extraer y aprovechar los recursos primarios de sus víctimas geográficas sin desarrollar las infraestructuras ni proveer a sus habitantes de unas bases educativas mínimas para afrontar su futuro de libertad sin tensiones, sin rivalidades internas añadidas. Por no mencionar las barbaries que se cometieron sobre la población.

–Qué bien hablas, joio –le correspondió un *Chano* que se sentía mínimo allí, sin los suyos, rodeado de negros, estos sí, que parecían todos iguales.

–La descolonización resultó traumática para una gran mayoría de los países africanos que se vieron envueltos en conflictos bélicos internos por la disputa del poder y el control de unos recursos que, todavía a día de hoy, siguen siendo objeto de deseo por las potencias occidentales, a las que se ha sumado China en la última década.

–Malditos chinos...

Y *Chano* le dio a entender con la sutileza de los telépatas finos, que prefería mirar que conversar.

Tres horas largas de trayecto y llegaron hasta el embarcadero de aquel afluente del Congo que le pareció a *Chano* más ancho que seis Tajos.

Cuatro negros muscularmente irreprochables se ocuparon del trasvase de pertenencias del automóvil a la barcaza que les debería llevar hasta un alojamiento concertado para pasar la noche. A Kolwezi llegarían, o deberían, mañana, si África continuaba de su parte. Tenían abierto el billete de vuelta, pero el gitano no quería prolongar su estancia más de diez días, advirtió a Giulio en los preparativos.

–Dos horas de río y llegaremos a la aldea donde pasaremos la noche –precisó el ingeniero.

Unas nubes inusuales para ser finales de agosto, le hicieron pronosticar a Louis, el conductor de la barcaza y asalariado de *Chano*, que tendrían tormenta durante el trayecto.

Chano quiso saber qué decía aquel negro profundo de rictus preocupado. –Sin milongas, blancocho, –amenazó a su ingeniero. Y Giulio no le escondió, no hubiera sabido, que se esperaba tormenta antes de llegar a su

destino de hoy. Y la barcaza no tenía techo. Y el gitano de la piscina de mariposa aborrecía mojarse.

–No suele llover en agosto, será un chaparrón, nada serio –quiso desdramatizar el ingeniero.

Chano, en un gesto mecánico, se palpó el bolsillo en el que guardaba su virgen. Giulio se vio reflexionando sobre la dependencia africana de la tecnología. Cuando la formación de las nuevas generaciones permita a los autóctonos hacerse cargo de esos recursos naturales, África dejaría de ser una oportunidad incierta para emprendedores como él. *Chano*, tan solvente en su fortaleza de Puerta de Hierro, aparecía como un ser desvalido ante aquella incertidumbre atmosférica.

Giulio se congratuló mentalmente de que la financiación del proyecto se hubiera ajustado a las previsiones originarias, salvo en el capítulo de los sobornos a autoridades y funcionarios, que se habían multiplicado por cinco. Pero lo cierto era que tras un año y medio de parones y reactivaciones, de titubeos administrativos, la producción, la transformación y la exportación del cobre, de su cobre, se había estabilizado y no presentaba otros conflictos que los propios de situarse en aquel Congo todavía a megas luz de cualquier variante del progreso. Las 3000 t mensuales iniciales, ya eran 5000. La rentabilidad era ya tan manifiesta que *Chano* llegó a preguntarle si los números estaban bien.

Como predijera Louis, las nubes se muscularon con esa característica rapidez ecuatorial y arrojaron las primeras gotas cuando aún no habían cubierto una hora fluvial. Las gotas no se presentaron solas. Una cohorte de rayos y truenos y un viento compulsivo hizo torcer de más el semblante de un Louis acostumbrado a aquellas vorágines de la atmósfera. Giulio le dedicó un reajo interrogatorio que pasó inadvertido para un *Chano* que ya manoseaba la estampita sumido en un trance similar al de los dos despegues, acomodado en uno de los costados de la embarcación, recubierto el perímetro superior de su casco por una lámina de cobre para aislar a la madera y evitar de ese modo el paso de agua y la podredumbre. El nativo le devolvió la mirada aliñada de angustia. Estaban solos en el río.

Las gotas rolaron a plaga líquida vertical que, por momentos, se horizontalizaba ante la ferocidad de un viento omnímodo. El río comenzó a

presentar hechuras de mar. La lluvia era tan inclemente que impedía ver más allá de diez metros, quizá menos.

–Virgen de los gitanos de *Graná*, haz que los cielos paren, que los rayos fulminen a los árboles y no a las personas...

Y otros barruntos por el estilo.

Una ola irremediable levantó la embarcación hasta lo inconcebible. Louis y Giulio, dotados del instinto de lo africano, consiguieron sujetarse sin ser desalojados al agua hasta que la barcaza recobró su flotabilidad.

Pero *Chano* no pudo, o no supo, porque seguro que quiso. Panzón y fofo, sus músculos no le dieron para tanto y sintiendo el cobre, curiosamente el cobre, que recubría el límite superior del casco como el último tacto sólido, se internó, contra su voluntad y entre sollozos de espanto, en las aguas templadas del Kanai.

Si *Chano* chapoteaba no conseguían verlo pese a la agilidad de Louis en recuperar el control de la barcaza y volver a la presunta posición de la caída.

Sin dejar de dar voces, Giulio recogió del fondo de la embarcación la estampita con una Virgen barroca y excesiva, asaeteada por la lluvia y le advino el pensamiento de que las divinidades siempre sobreviven.

La visibilidad continuaba miope.

–Chanoooo, Chanooooo– seguía voceando Giulio con la laringe pesarosa de las tragedias inciertas.

Pero *Chano*, el gitano hidrófobo, seguía sin dar señales de voz.

Giulio y Louis merodearon cinco, diez, treinta y cinco minutos en torno al epicentro líquido del drama, pero sólo vieron asomar al Sol, que resurgía, como tras cada aguacero, para evaporar los excesos.

Una mariposa de tonos anaranjados se posó sobre la lámina de cobre de estribor para certificar que en África el luto es breve.

